

La Planificación y los Mitos del Desarrollo Latinoamericano

Por Víctor ALBA.—Colaboración Especial para el Instituto de Investigaciones Sociales.

I

LA INTEGRACIÓN VERTICAL

POR todas partes se habla ahora de la integración de Iberoamérica, primero económica, y es de esperar que más tarde política. Esta integración es, indudablemente, necesaria y urgente. Se ha escrito sobre ella durante siglo y medio y se ha planeado desde 1924, el año en que Haya de la Torre lanzó su programa aprista.

Se trata de una integración horizontal, entre países, una integración de las diversas manchas de colores del mapa de nuestra América.

Pero hay otra integración mucho más indispensable y que debe tener precedencia, puesto que sin ella esa integración horizontal resultará no una panacea, sino una fuente de muchos y muy graves males.

Me refiero a la integración en profundidad, no de países, sino de problemas, no de manchas de superficie, sino de cotas de altitud social. Una integración vertical, en suma.

Era costumbre decir antes de la Segunda Guerra Mundial —y Lenin lo repetía a menudo, ya—, que el alto nivel de vida del proletariado participaba en el disfrute de los despojos coloniales. Hoy, esto ya no es cierto. En cambio, entre nosotros, cabe afirmar que el aumento del nivel de vida del proletariado y, sobre todo de la naciente clase media y de la burguesía iberoamericana, se debe, en grandísima parte, a que

estos grupos sociales participan en el despojo del campesinado (comprendiendo en éste a la población indígena).

Con la terminación del despojo colonial no empeoró la condición del proletariado europeo occidental, sino que mejoró gracias a medidas de carácter económico y social adoptadas a tiempo. En nuestra América, la terminación del despojo del campesinado tendría por efecto no sólo el mejoramiento del nivel de vida de *toda* la población iberoamericana, sino también la estabilización y afianzamiento de esta mejora y la creación de las condiciones que harían posible continuarla.

Más todavía, únicamente —y quiero subrayar este adverbio— *únicamente* la terminación de este despojo puede permitir una industrialización que no sea parasitaria y no conduzca al establecimiento de condiciones peligrosas para la libertad política. *Únicamente*, con esta terminación se pueden resolver otros problemas fundamentales de nuestra América, y en primer lugar el del militarismo.

Hasta ahora, cada problema iberoamericano se ha estudiado y tratado cuando se ha intentado tratarlo —por separado, como si tuviera entidad propia, como si pudiera existir un problema agrario, por ejemplo, que no fuese, al mismo tiempo, un problema de industrialización, un problema de militarismo, un problema indígena. Sobre todo, se habla de la industrialización y se la planea independientemente de todos los demás problemas, como si éstos no fueran factores determinantes de ella y como si, a su vez, no influyera en ellos.

Aunque los símiles biológicos no sirven para explicar situaciones sociales, bien podemos decir que esta manera de enfocar la realidad iberoamericana se puede comparar a la actitud de un médico que, ante un enfermo, se ocupa sólo de su alimentación, sin tener para nada en cuenta su aparato digestivo, su aparato respiratorio, su sistema nervioso.

Si la integración horizontal se hiciera partiendo de este planteamiento fragmentario, no sólo estaría condenada al fracaso, —por cuanto se condenaría de antemano a no alcanzar sus objetivos auténticos—, sino que entrañaría graves riesgos. Sospecho que puede ser útil exponer cuáles son estos riesgos y sugerir algunas maneras de eludirlos. Es decir, exponer por qué la integración vertical es indispensable y urgente y aun previa a la integración horizontal, y en qué puede consistir.

Hitos y Panaceas. Para hacer esta exposición es conveniente, antes, desbrozar el camino de ciertos prejuicios y de muchas ideas falsas, que embrollan las sendas y nos exponen a extraviarnos y a no llegar nunca a donde queremos llegar.

Ante todo, destaquemos que en Iberoamérica existen dos tradiciones de poderosa influencia en la vida social y económica:

a) La existencia de una oligarquía terrateniente, que durante el siglo XIX y parte del XX ha sido la única opinión pública influyente en el poder y en las decisiones económicas. Esta oligarquía se desinteresaba de la vida del país, a menudo era ausentista, y gobernaba por poder, a través de partidos políticos personalistas y, cuando éstos se debilitaban, a través de los militares. El viejo militar cuartelero, es la representación más popular del gobierno de la oligarquía. Ésta conserva todavía no poca influencia en los países donde las clases sumergidas son numerosas. Ha perdido parte de su peso allí donde nuevas clases están en ascenso. Pero en todo el continente (salvo México) hay que tener en cuenta su capacidad paralizadora de medidas reformadoras.

b) La existencia de una larga historia de paternalismo estatal. Los estados indios, antes de la llegada de los españoles, eran teocráticos o guerreros, con un paternalismo aristocrático indiscutible. La colonia, con sus leyes de protección de indios, sus encomiendas, su monopolio del comercio, su control de la inmigración, fue un régimen de dirigismo paternalista. El intervencionismo del Estado disminuyó con la independencia y durante el siglo XIX, aunque los caudillos mantuvieron en general la actitud paternalista del Estado, manifestada en la generalización del proteccionismo —en una época en que la mayor parte de los ingresos del Estado procedían de los impuestos aduanales—, y en el hecho de que no se prepararan presupuestos hasta muy entrado el siglo. Hoy continúa viva esta tradición de contar siempre con el Estado, de considerar a éste responsable del bienestar económico, si no del país, por lo menos de los grupos sociales con fuerza de presión, de suponerle encargado de aupear y proteger los intereses de tales grupos. Las nuevas clases que surgen frente a la oligarquía y las clases sumergidas que poco a poco salen a flote, han aprendido por lo menos una lección de la oligarquía del siglo pasado: el Estado debe protegerlas.

Por otra parte, las ideas y las doctrinas llegan a Iberoamérica con facilidad. Después de la influencia cultural ibérica, vino la de los enciclopedistas (y la norteamericana en el terreno de la organización del Estado), luego la de los positivistas, más tarde la marxista y ahora la keynesiana. Pero estas importaciones ideológicas corren la misma suerte de los inmigrantes: al cabo de unos años, se naturalizan. El positivismo iberoamericano tiene poco que ver con el de Comte, y los economistas actuales parecen más bien un injerto de Keynes en un tronco marxista,

que a su vez podría ser el producto de un injerto marxista en un tronco positivista y así *ad infinitum*. Esta naturalización de las ideas y las doctrinas, pues, tiene un fuerte sabor a sincretismo, tanto que donde se ve más claramente es en la religión.

Esta naturalización se efectúa en un ambiente intelectual en el que, hasta hace unas décadas, los hechos tenían menos importancia que los deseos. De ahí que surgieran y persistan una serie de mitos aceptados por todos y que sólo ahora comienzan a ponerse en tela de juicio. He aquí algunos de estos mitos, relacionados con la economía iberoamericana.

Iberoamérica tiene una gran riqueza potencial (a México, país pobre, lo llamaron cuerno de la abundancia, aprovechando la forma del país en el mapa).

Las zonas tropicales ofrecen unas posibilidades infinitas de desarrollo, cosa que la ciencia y la experiencia demuestran que es falsa.

El aumento de población es un motivo de orgullo y resulta beneficioso para la economía, según afirman muchos economistas, que, sin embargo, no han encontrado todavía la manera de hacer que la tasa de aumento de la productividad sea superior a la tasa de incremento de la población.

Para resolver el problema, individual o de grupo, hay que acudir ante todo a la ayuda exterior, ya sea del Estado, ya sea de inversionistas, ya de otros países. Esto es, sin duda, un reflejo de la tradición de paternalismo heredada de la colonia y, sobre todo, de los caudillos del siglo XIX y de la larga dominación de la oligarquía terrateniente.

Estos mitos —lo son, puesto que cada uno podría desmentirse con cifras o con hechos históricos recurrentes—, han adquirido categoría de axiomas. Pocos hoy, se arriesgan a ponerlos en duda y en la masa de la opinión pública siguen siendo aceptados como verdades incuestionables.

Estos mitos generan, de vez en cuando, extrañas supersticiones colectivas, revestidas de un ropaje científico (casi diría dogmático) por los economistas y los políticos del momento. Son las panaceas. En Iberoamérica siempre hay una panacea disponible. Hoy es la industrialización. Antaño fueron las inversiones extranjeras. Antes todavía, el proteccionismo y antes, bajo la colonia, la desaparición de los monopolios y estancos. Para el futuro se esbozan ya otros: la estabilización monetaria en algunos países, la reforma agraria en otros.

La panacea de turno ocupa el lugar de las soluciones integrales; es en cierto modo, una solución integral pero aplicada mediante un ins-

trumento único y en un solo terreno, con la esperanza —no siempre infundada— de que transformando un aspecto de la vida nacional se transformen de rebote los otros. La transformación viene, en efecto, puesto que no es posible, en un todo, alterar un factor sin alterar el todo. Pero no siempre se realiza en la dirección deseada.

Hay un factor del que casi nunca se habla no por pudor, sino porque parece tan natural que nadie para mientes en él —y que tiene una considerable importancia. Se trata del hecho de que la población urbana, que en las últimas décadas se ha multiplicado por 3 y hasta por 5, continúa teniendo sus raíces en el campo. Esta proximidad entre la urbe y el campo (a pesar de que las diferencias materiales, sobre todo en comodidades, entre una y otro, son mucho mayores que en los países industriales) explica ciertos aspectos de la economía iberoamericana. Por ejemplo, explica la inestabilidad de la mano de obra y, en consecuencia, su falta de especialización, a la vez que la aptitud excepcional del trabajador iberoamericano para adaptarse en él los movimientos políticos y el movimiento sindical. Explica, por otra parte, el parasitismo de las urbes, en las cuales es reducida la proporción de población económicamente activa, por la facilidad del campesino, habituado a un nivel de vida bajísimo, a adaptarse a las situaciones más inesperadas y desfavorables y a sobrevivir en condiciones inverosímiles. Finalmente, explica que las crisis económicas, la inflación galopante, el desempleo, etcétera, tengan en Iberoamérica repercusiones menos graves que en otros lugares, por la facilidad con que el obrero sin trabajo puede regresar a su pueblo y por la tranquilidad con que el comerciante y el industrial pequeños y medianos ven la suerte de sus empresas, porque saben que tienen un retiro seguro en el campo, donde poseen bienes de familia o donde han invertido los primeros beneficios obtenidos con sus negocios urbanos.

Otro aspecto debe destacarse, en esta enumeración de rasgos cuya existencia ha de tenerse presente para comprender la situación iberoamericana fuera de prejuicios, lugares comunes, ideas aceptadas a ciegas y falsos axiomas. Me refiero a la manera iberoamericana de adoptar las decisiones importantes. Creo que cabe afirmar que, por lo común, los problemas pasan por cuatro fases decisivas (y me refiero a los problemas importantes, los que constituyen obstáculos al desarrollo). Estas fases son:

- 1) Inexistencia subjetiva del problema. Éste existe, pero nadie se percata de él, nadie toma en serio a los pocos que lo señalan o lo estudian.

2) Propuestas utópicas. De repente, el problema adquiere realidad, subjetiva. Se comienza a describirlo y analizarlo. Se sugieren soluciones tajantes, y cuyo carácter utópico no nieguen ni siquiera quienes las proponen.

3) La utopía se convierte en ley (utopía escrita y promulgada, a menudo). Las soluciones, edulcoradas, adaptadas a una realidad esquemáticamente comprendida, se aceptan no sólo, claro está, por quienes las defendían, sino hasta por quienes se oponían a ellas. El problema se siente como tan apremiante que la utopía pasa a ser posible. Y según la tradición española, la solución consiste en una ley a un texto constitucional.

4) La reforma de la reforma. La ley no se aplica, o se aplica con excesiva rigidez o parcialmente. O bien la ley hace surgir nuevos aspectos insospechados del problema. Entonces viene, no la contrarreforma, sino la reforma de la reforma, la adaptación de los principios a la realidad, para cambiar ésta.

Actualmente, la mayoría de los grandes problemas iberoamericanos se encuentran en la tercera fase. Los nuevos problemas propios de la industrialización están en la primera, o en el mejor de los casos, en la segunda fase. El problema del militarismo está entrando también en la segunda fase. El problema agrario ha llegado a la segunda fase, y está entrando en la tercera en algunos países (todavía minoría de ellos).

Mientras que en México ha alcanzado ya la cuarta, al propio tiempo, una quinta fase va agregándose, insensiblemente, a este proceso; la de la continentalización de los problemas, es decir, su planteamiento no en el plano nacional, sino en el iberoamericano tanto para su estudio como para la busca y aplicación de posibles soluciones. Más todavía, es posible que dentro de poco se vea en la continentalización una panacea.

Los iberoamericanos son gente paciente. Tal vez esta misma paciencia, aprendida durante siglos, explique la impaciencia que manifiestan cuando un problema llega a la tercera fase. De la utopía a la ley puede haber un largo lapso. Pero en cuanto se generaliza la convicción de que la utopía es legible, entonces la impaciencia de los pacientes no admite aplazamientos.

Del mismo modo que una calla puede estar lodosa durante décadas y de repente sus vecinos comienzan a protestar y en unas semanas se asfalta, se colocan faroles y hasta se plantan flores, cuando un problema llega a la tercera fase, el iberoamericano quiere que la acción sea inmediata. Y esto es un factor económico y social importante.

La nueva clase media.

Actualmente, este proceso de la adopción de decisiones se ve incluido por algo que puede acelerarlo considerablemente y que, en todo caso, es seguro que le imprimirá su huella: la aparición y desarrollo de una nueva clase media de características peculiares.

En 1950, la Unión Panamericana publicó seis tomos de "*Materiales para el estudio de la clase media en América Latina*". Si un organismo entonces tan poco adicto a las innovaciones se decidió a emprender este estudio, es que en la realidad iberoamericana había cambios tan profundos que ya no podían ignorarse. Estos cambios se han acentuado todavía en la última década.

Hasta después de la Primera Guerra Mundial, la sociedad iberoamericana estaba fuertemente polarizada: las clases sumergidas por una parte, y por la otra las oligarquías; entre ambas, una delgada capa de profesionales (médicos, abogados, maestros, intelectuales, bajo clero, burócratas, pequeños comerciantes y artesanos medianos). Pero a partir de 1919, cuando en Europa se iniciaban la proletarización de la clase media, empezó a surgir en Iberoamérica una clase media nueva, ya no profesional (aunque englobó a ésta), sino dependiente directamente de los progresos económicos. Esta nueva clase productiva se compone esencialmente de industriales, comerciantes, técnicos (sobre todo en los últimos años), una burocracia más tecnificada que antaño, dirigentes de empresas importantes. La condición económica de esta clase media (que podríamos llamar acaudalada) mejora. Ocupa un lugar cada vez más próximo al de la oligarquía, a medida que la influencia de ésta disminuye. A su lado y aumenta en volumen numérico la clase media tradicional (que podríamos llamar acomodada y que antaño habríamos denominado pobre), cuya situación mejora también, y en la que van entrando obreros especializados, artesanos convertidos en semi-técnicos, proletarios agrícolas medianos, comerciantes e industriales provincianos. La clase media acaudalada ejerce una considerable influencia política, y en cierto modo la clase media acomodada sirve de masa de maniobra. Estas dos clases medias forman hoy el 35 por ciento de la población de la Argentina, el 30 por ciento de la del Uruguay y Chile, el 15 por ciento de la de México y el Brasil.¹

¹ Para el estudio de la nueva clase media, véanse: John J. Johnson: *Political change in Latin America. The emergence of the middle sectors*. Stanford University Press. Stanford, 1959. Theo R. Crevena, editor: *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina*. Unión Panamericana. Washington, 1950-1951. 6 tomos mimeografiados. Los porcentajes citados los da Johnson, p. 2.

A diferencia de lo que ocurría a la sazón en Europa, la clase media iberoamericana no iba a remolque de otras fuerzas (proletariado, movimientos fascistas), no vacilaba y contemporizaba, sino que tomaba la iniciativa política, en sentido democrático y nacionalista, y ejercía una presión económica creciente. La serie de movimientos que podemos llamar nacionalistas revolucionarios (usando estos términos en el contexto iberoamericano) y que en 1944-46 ocuparon el poder, para perderlo después de 1948 y volverlo a tomar en 1955-59, son resultado de este surgimiento de la clase media: Acción democrática de Venezuela, el Apra del Perú, Liberación Nacional de Costa Rica, auténticos y Ortodoxos de Cuba. MNR de Bolivia, grupos revolucionarios de Guatemala, PRI de México (que ocupa el poder desde 1917 bajo distintos nombres), colorados de Paraguay, febreristas de Paraguay, ciertos sectores radicales de Chile y Argentina, liberales de Honduras, Partido Popular de Puerto Rico, etc. Recientemente, un nuevo movimiento, el social cristiano, ha atraído a una parte no despreciable de la clase media, especialmente en Chile (Falange) y Venezuela (COPEI) aunque en ciertos países tiene un carácter francamente reaccionario. En otros lugares, Colombia por ejemplo, la clase media sigue detrás de uno de los partidos tradicionales, el liberal, y en otros, como Guatemala, vuelve a formar partidos de carácter revolucionario. En muchos lugares hay una alianza tácita entre estos elementos y la clase obrera y numerosos dirigentes sindicales pertenecen a estos movimientos.

La inexperiencia política de esta clase media, sobre todo en países donde ha habido largas dictaduras, ayuda a explicar fenómenos como el de Guatemala bajo Arbenz.

La evolución de Iberoamérica se halla fuertemente orientada por esta clase media y sin duda lo será de un modo todavía más decisivo en el futuro próximo. Lo que forma su aglutinante, más que la condición cultural y, en términos latos, su unidad ideológica.

Esta clase media podría caracterizarse por los siguientes rasgos:

- a) es esencialmente urbana, aunque en algunos países (sobre todo en México) comienza a desarrollarse una clase media rural;
- b) confía en la industrialización como medio fundamental para resolver los grandes problemas nacionales;
- c) aunque es partidaria de la educación pública, insiste cada vez más, en la práctica, en desarrollar los medios de alta cultura y de educación profesional;
- d) es nacionalista, y su nacionalismo a menudo adopta formas proteccionistas y, a veces, de antinorteamericanismo;

e) acepta no sólo la existencia de los sindicatos y de la legislación social, sino el carácter beneficioso de unos y otra para el desarrollo del país;

f) es partidaria, en general, de reformas agrarias, como medio de reforzar la base política de la democracia y de dar mayores mercados interiores a la industrialización;

g) mira con mayor favor las inversiones internacionales de carácter público que las de tipo privado, hacia las que muestra una sistemática desconfianza;

h) no se opone a la nacionalización o estatización de grandes industrias, fuentes de productos minerales o servicios públicos;

i) es partidaria, en general, de la intervención estatal —que por lo común la favorece— y vería con gusto que se acentuara el dirigismo en la economía;

j) como corolario de *i)*, es firmemente partidaria de las inversiones estatales para la industrialización;

k) siente desconfianza por el ejército, del que siempre teme golpes de Estado, por elementos de la clase media forman parte de las nuevas generaciones de militares, más alejadas de la política;

l) muestra interés por los métodos soviéticos de desarrollo, interés que a veces produce en cierta receptividad de la propaganda comunista, sobre todo en cuestiones internacionales;

m) en los últimos tiempos, se desarrolló en ella un sentimiento “continentalista”, que la impulsa a acoger con agrado los proyectos de mercado común, banco interamericano, etc., y que en el futuro probablemente la inducirá a propugnar por soluciones continentales de problemas como el agrario y el del militarismo;

n) políticamente, es liberal, democrática, en gran parte católica, lo que tiene importancia en vista de la nueva actitud que está adoptando la Iglesia en numerosos países iberoamericanos y socializante;

o) una gran proporción de inmigrantes pasan a formar parte de esta clase media, al cabo de un tiempo de su llegada al país, y adoptan en general las actitudes más radicalmente nacionalistas.

Esta nueva clase media (en la que se va fundiendo la clase media tradicional) no es la clásica pequeña burguesía de los marxistas, porque hay en ella ciertos rasgos que las diferencia de la burguesía a la que estamos habituados. Pero esta clase media, surgida de la industrialización y destinada a ser la principal beneficiaria de la misma, está en constante riesgo de convertirse en una nueva burguesía, con todos los vicios y rasgos negativos de la burguesía caracterizada por los marxistas.

En la nueva clase media se hallan, en potencia este peligro y la inmunización contra él. El peligro deriva, fundamentalmente, de la susceptibilidad de la clase media a la tentación de la eficacia. Por su carácter social mismo y por el hecho de desarrollarse en la segunda mitad del siglo xx, tiende a ser pragmática. Por tanto, puede muy bien ceder un día a los métodos de desarrollo antidemocráticos y antihumanos (los puestos en práctica en la URSS y China), es decir, la capitalización a base de mano de obra en vez de inversiones. La carencia de capitales nacionales y el nacionalismo predominante en esta época son elementos que pueden empujar a la clase media a adoptar esta posición —tanto más fácilmente cuanto que sería la mayor beneficiaria de ella y que satisfaría su nacionalismo a la vez que sus intereses económicos inmediatos—. Que esto tuviera como consecuencia una mayor sensibilidad a la propaganda comunista o que se hiciera dentro del cuadro económico y diplomático occidental sería de poca importancia para las masas iberoamericanas, que se hallarían convertidas de nuevo en clases sumergidas para satisfacer, con su esfuerzo, la necesidad de capitalización para la industrialización. Prometerles un futuro mejor (futuro que algún día, en efecto, llegaría), sería un truco que acaso pudiera calmar los remordimientos o acallar las dudas de la parte más idealista de la clase media, pero no por ello dejaría de ser un truco. Y la cosa no resultaría fundamentalmente distinta porque en vez de llamarse “marcha hacia el socialismo”, se denominará “industrialización a marchas forzadas” o, simplemente, “gobierno de los técnicos”.

La consecuencia sería grave y polifacética. Habría, por una parte, una pérdida de las conquistas democráticas (incluso si se mantuviera la fachada democrática). Habría también un empeoramiento del nivel de vida de las masas (tal vez absoluto, tal vez relativo, en comparación con el mejoramiento del nivel de vida de la clase media). Habría una exacerbación del nacionalismo (o del continentalismo) que en la explosiva coyuntura mundial actual no dejaría de ser un elemento de perturbación y agravación. Habría la necesidad de volver a empezar la lucha por el desarrollo humano de Iberoamérica partiendo de cero. Y sobre todo, se habría falseado el sentido de la industrialización como elemento del desarrollo armónico de la sociedad iberoamericana. Y se habría echado a perder para la clase media y para las actuales clases sumergidas la gran oportunidad de dar un sentido a la vida de sus componentes, de dar una orientación positiva a los esfuerzos e inquietudes continentales.

Ya casi no se repite aquella frase que era común hace unas décadas:

“Los intereses del movimiento obrero deben coincidir con los intereses de la humanidad en general.” En Iberoamérica, los intereses de la clase media coinciden hoy con los de la sociedad iberoamericana en general (en la coyuntura mundial presente, con los de la humanidad). Esta coincidencia es lo que justifica los privilegios de la clase media, lo que hace perdonar sus errores (nacidos de la falta de experiencia política e ideológica), lo que permite esperar sus aciertos y confiar en su sentimiento de comunidad —de continentalidad, habría de decir—. Es la clase media la que debe sacar a flote a las otras clases ahora sumergidas: el proletariado, apenas en formación y sin conciencia clara de sus intereses y de su papel; el campesinado tan ligado aún a formas anacrónicas de trabajo y de vida; las masas indígenas. Es esta conciencia lo que hace del surgimiento de la clase media un fenómeno positivo, alentador.

Pero si la clase media, antes de cumplir con esta misión, fallara, si cediera a la tentación de la eficacia, si se convirtiera de idealista en pragmática, entonces, sería una burguesía como las peores que conocemos, porque la presión de la miseria circundante la haría implacable, ávida e indiferente. Y los componentes de esta clase media, a su vez, se convertirían de luchadores (pues esto son, en realidad, cada uno en su terreno y muchísimos, además, en la política), en burgueses cursis, convencionales, adocenados, eternos clientes de las “notas sociales” de los periódicos y nuevos oligarcas de una sociedad tecnificada.

La industrialización —mejor dicho, la gran revolución que está viviendo Iberoamérica— y la vida misma de quienes luchan por ella habría perdido su sentido. Y una gran oportunidad histórica se frustraría.

Hablemos de esta oportunidad, para poner de relieve la enorme responsabilidad de esta clase media y sus aliados, de sus dirigentes sobre todo, y de sus elementos más jóvenes, que son los más susceptibles a la infección y, también, por suerte, a la inmunización contra ella.

La vieja sociedad iberoamericana —vieja ya cuando la encontramos a primeros de siglo— se componía de dos extremos: la oligarquía terrateniente y las clases sumergidas (campesinos, artesanos, burocracia). Luego, con la industrialización se fue formando la clase media con sus diversas capas. Esta clase media apenas naciente antes de la Segunda Guerra Mundial, que llevó a muchos años en la adolescencia infancia porque la industrialización era lenta y reducida, entró en la adolescencia con la Segunda Guerra Mundial y el empuje que ésta dio a la industrialización. Hoy se halla en su juventud. Es decir, en la edad en que ha de adoptar decisiones definitivas, elegir su camino.

Puede convertirse, repito, en una burguesía común y corriente —co-

rrientísima y adocenada— o en una clase social que durante un tiempo sea creadora y cuyos intereses coincidan con los del conjunto de la sociedad como tal. Hace siete años² sostuve que la clase obrera actuando como fuerza de presión, podía orientar el desarrollo del capitalismo iberoamericano, evitando que adoptara los métodos del capitalismo tradicional y que hiciera de la industrialización una fuente de sacrificios para la masa del pueblo. Los hechos no me han dado la razón: el movimiento obrero iberoamericano sigue siendo, en su conjunto, una fuerza parasitaria del campesinado, cargada de vicios heredados y de otros de su propia invención, inmovilizada y sin idealismo ni ideología. Hoy (y acaso esto sea una suerte) el movimiento obrero va a remolque de la clase media y es ésta la que pueda regenerarlo y darle el empuje que necesita para volver a ser realmente un movimiento.

Así pues, sólo la clase media misma puede orientarse y encontrar el camino que le permita dirigir el desarrollo de Iberoamérica de tal modo que no entrañe sufrimientos ni sacrificios que no sean generales y compartidos por todos, que no suponga privilegios injustos ni privación de libertades y, que al mismo tiempo, no represente una pérdida de ese gusto por la vida, de esta dignidad humana y ese placer del trabajo que todavía subsisten en la sociedad iberoamericana, . . . pero cada día un poco menos y un poco más amenazados.

Naturalmente, es imposible dar recetas acerca de cómo la clase media debe emprender esta busca y de cómo puede encontrar el camino. La existencia de los movimientos nacionalistas revolucionarios permite esperar que los caminos se encontrarán o que, si fuere preciso, se abrirán en la maleza de las contradicciones del mundo contemporáneo. Pero una esperanza no es una garantía.

La clase media, como cualquier clase, tiene sus intereses. Lo que importa es que se aproveche el tiempo en que éstos coinciden con los de la sociedad en general y en que los movimientos de clase media poseen todavía una fuerte dosis de dinamismo y de idealismo, para establecer ciertas cortapisas, ciertos límites y ciertas rutas forzosas que condicionen, en el futuro, el desarrollo de Iberoamérica de modo que nunca pueda hacerse de un modo que no sea en beneficio directo de la generalidad de los habitantes del continente y que tampoco pueda efectuarse con menoscabo de las libertades o poniendo en peligro lo que aún subsiste (ya tan poco) de sentimientos de comunidad y de fraternidad.

El peligro mayor estriba en la tentación de la eficiencia, a toda

² Víctor Alba: *Le mouvement ouvrier en Amérique Latine*, Les Editions Ouvrières. París, 1953. pp. 199 y ss.

costa. La clase media no está compuesta por hombres distintos de los demás iberoamericanos. Tiene, pues, de común con ellos sus modos de sentir y razonar; es lenta en adoptar decisiones y rápida en ejecutarlas. Pero por sus características mismas, por su juventud como grupo social, se siente inclinada a la impaciencia, al todo o nada. Además, se desarrolla en un periodo en que la tecnocracia se extiende por el mundo y en que la eficiencia se convierte, más y más, en la medida de todas las actitudes, en el canon de la ética.

Lógicamente, para la clase media nueva, la tentación de la eficiencia ha de ser muy fuerte, tanto más cuanto que una parte considerable de sus componentes tienen formación y una mentalidad de técnicos. Es esto, justamente, lo que permite hablar del peligro comunista en Iberoamérica sin que el hacerlo sea una reacción de propagandista. El peligro comunista no es tanto el que puedan representar la actividad de los partidos comunistas, de sus compañeros de camino, de sus agentes infiltrados en el movimiento sindical o de los comerciales o acuerdos de ayuda con la URSS. Todo esto sería relativamente fácil de contrarrestar. El peligro está en el deslumbramiento que puede ejercer sobre las mentalidades técnicas (y, además, de escasa o nula experiencia en la vida práctica de la democracia, cosa de la que no son responsables) el método comunista de desarrollo. La eficiencia de este método puede pesar, a los ojos de una parte de esta clase media (de la más tecnificada) más que el anhelo de libertad y el respeto a la dignidad humana. Con la mayor buena fe, se puede aceptar el método soviético de desarrollo (la capitalización por medio del sufrimiento y de la consiguiente privación de libertad), con la convicción (que los hechos siempre demuestran, que es falaz) de que los hijos, o los nietos cobrarán los beneficios de estas privaciones de ahora. (Recuerdo dos ejemplos que demuestran, aunque sean nimios, que este peligro es real y que puede manifestarse de los modos más insospechados: en 1956, hubo autoridades mexicanas que dieron la orden de que, para ahorrar importaciones de maquinaria, se realizaran a brazo todas las operaciones posibles en las obras públicas en curso; y pocos años antes, un liberal tan incuestionable como el licenciado Luis Cabrera, también de México, sugirió que se prohibiera a los mexicanos ir a trabajar al extranjero, con el fin de resolver el problema de los braceros, es decir, que para solucionar una cuestión se desconociera el derecho inalienable de elegir residencia y de viajar.)

La clase media tiene, hoy, bastante idealismo y bastante espíritu creador para establecer las cortapisas futuras a estas tentaciones que ella misma puede experimentar. Debe hacerlo. Porque si no lo hace, el

desarrollo en Iberoamérica podría muy bien no ser el equivalente del desarrollo de los iberoamericanos, de la afirmación de la personalidad de cada uno de los iberoamericanos.

Esta garantía de cara al futuro sólo puede encontrarse, en el contexto iberoamericano, en la integración vertical. Es decir, en la solución *conjunta, simultánea*, de los problemas fundamentales del continente. En ver estos problemas como un solo, único problema.

Porque si queremos que el desarrollo sea tal y no simplemente la industrialización, hemos de hacer que ni ahora ni en el porvenir, pueda lograrse a costa de una parte de los habitantes del continente. Hemos de procurar que no sea un desarrollo parasitario —como lo ha sido hasta ahora— y que satisfaga los anhelos no sólo de la clase media y del reducido proletariado urbano, sino también de las grandes masas campesinas e indígenas.

Por esto, insistimos, es esencial que simultáneamente con la integración horizontal (mercado común, etc.) se vaya pensando en la integración vertical y, se vayan aplicando las medidas que conduzcan a ella.

Esto hay que hacerlo pronto, antes de que la tentación de la eficiencia a toda costa empiece a desviar a la nueva clase media del camino que hasta ahora ha seguido. Y para que cuando ocurra esto (como probablemente sucederá), se halle en la imposibilidad de ceder a tal tentación.

La rapidez, la intensidad y el entusiasmo con que se piense y se actúe en esto darán la medida de la capacidad de la nueva clase media para seguir representando los intereses de toda la sociedad iberoamericana.

¿INDUSTRIALIZACIÓN EN EL VACÍO?

La industrialización es la panacea actual, en Iberoamérica. Se habla en todas partes de industrializar. Se trazan planes, se hacen gestiones, se construyen fábricas, se abren altos hornos, se piden créditos y se obtienen, se buscan inversiones. Las ciudades se modernizan y aumentan rápidamente.

Pero el porcentaje del ingreso nacional que va a salarios disminuye año tras año, mientras aumenta que el que va a las inversiones aumenta. En nuestros países donde las sociedades por acciones con grandes masas de pequeños tenedores son cosa prácticamente inexistentes, los inversionistas forman una minoría, una exigua minoría de la población. La mayoría ve, pues, pese a la industrialización, cómo su par-

tipación en la riqueza nacional no aumenta y hasta cómo, proporcionalmente, disminuye.

Pero el nivel alimenticio de la masa iberoamericana no ha mejorado en los últimos 30 años. Y existe la amenaza de que disminuya, porque la tasa de aumento de la producción agrícola es menor que la tasa de incremento de la población.

Pero la urbanización disimula —con la acumulación en las urbes de grandes masas humanas— el hecho de que no se crean nuevas fuentes de trabajo con la rapidez con lo que exige el aumento de la población. Y esto trae como consecuencia la proliferación del comercio ínfimo, de las actividades sin interés social, de los desocupados parciales, de esos cinturones de miseria que rodean a todas las ciudades iberoamericanas, verdaderos poblados con todos los inconvenientes de la vida rural y todos los de la vida urbana. Esto ayuda a explicar el fenómeno inquietante del aumento del alcoholismo y, en ciertos países, del consumo de hierbas tóxicas (coca, mariguana), el aumento de la incidencia de la tuberculosis (enfermedad de la miseria, hoy en que se cura con antibióticos) y de las enfermedades mentales (producto del desajuste del hombre rural trasladado bruscamente al ambiente urbano).

Pero los precios de los artículos de manufactura nacional son más altos, en general, que los importados, porque no pueden producirse en cantidad suficiente para abaratarlos pues, no hay un mercado nacional o regional que absorba todo lo que la plena nueva industria de cada país podría producir si trabajara a su rendimiento.

Pero la venta al extranjero de minerales sin refinar o semirrefinados al extranjero es todavía el procedimiento generalizado, lo cual indica que la industrialización ha sido, desde sus comienzos, orientada de modo deficiente, o simplemente, no ha sido orientada.

Pero...

La lista podría prolongarse mucho. Con estos ejemplos basta, sin embargo, para cerciorarse de que la industrialización no es una panacea y de que no resolverá los problemas fundamentales de Iberoamérica el agrario, el indígena, dentro de poco el de la superpoblación relativa, el del militarismo, el de la generalización de la educación, el de la urbanización acelerada...

¿Cuál es la causa de que la industrialización no sea una panacea? Desde luego, la causa principal es que la industrialización no puede ser en ningún caso es una panacea, ni tiene por qué serlo ni es deseable que lo sea.

Es indudable que muchos países, en el siglo XIX, se industrializaron,

y que en el siglo xx, Rusia se ha industrializado aunque el proceso de industrialización ruso estaba ya muy avanzado en 1897, cuando Lenin escribió su libro sobre "*El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*", cosa de la que voluntariamente se olvidan los panegiristas de la industrialización a la manera soviética, atribuyendo al método todos los méritos de lo que es un desarrollo —posiblemente retrasado— de un proceso iniciado hace más de tres cuartos de siglo.

Estas industrializaciones no fueron equilibradas y, a pesar de ello, determinaron un progreso económico general; en cierto modo, al presionar sobre un punto, ejercían presión sobre todos los puntos de la realidad económica. El desarrollo desequilibrado no deja de ser desarrollo. Si hubiera que aguardar a que se cumplieran todos los requisitos ideales previos para el desarrollo (en el fondo, la modernización de un país), esto quedaría para las calendas griegas, porque no habría sector de la sociedad que no tuviera un derecho de veto, en la práctica, sobre el desarrollo.³

Pero allí donde este desarrollo desequilibrado ha tenido lugar con éxito, ha sido en sociedades que poseían una tradición democrática, que disponían de clases medias numerosas (siempre elemento estabilizador de la sociedad). Además, el desarrollo, en cierto modo, se efectuó a medida que aparecían nuevas formas de maquinismo, que se inventaban nuevas máquinas. Y aún así, supuso una cantidad ingente de sufrimientos, injusticias, despilfarros de esfuerzos y hasta de vidas, y no eludió —sino muy al contrario— las crisis y las guerras que incrementaron aún más esos despilfarros. Evidentemente, no puede afirmarse que de haber sido equilibrado el desarrollo, de haber resuelto éste los problemas fundamentales de la sociedad en que tenía lugar, se hubiesen evitado todos los sufrimientos. Pero parece evidente que éstos hubieran sido mucho menores y muchas menos las injusticias que acarrearón.

Los economistas, en general, no se preocupan por el precio —no mensurable —por los imponderables— del desarrollo. Pero los políticos —por lo menos políticos democráticos y auténticamente revolucionarios— han de tener presente siempre, y ante todo este precio. Han de confiar lo bastante en la eficacia de su propia ideología y del espíritu revolucionario para estar seguros de que en ella y en él encontrarán soluciones que eviten sufrimientos e impidan injusticias. Para hacer un desarrollo, lograr un desarrollo a base de los mismos sufrimientos e in-

³ La teoría del desarrollo desequilibrado ha sido expuesta con mucha originalidad por Albert O. Hirschman, en *The Strategy of Economic Development*. Yale University Press. New Haven, 1958.

justicias que costó el maquinismo y el industrialismo del siglo *xx*, no se requiere ser demócrata, anticapitalista, revolucionario; basta con ser un conservador comodón y sin imaginación y con limitarse a aceptar las “leyes” fundamentales de la economía, tal como las exponen los adocenados manuales de las facultades, o con ser un comunista preocupado por el dogma más que por el hombre. Pero el verdadero revolucionario (e insisto en el adjetivo “verdadero”) ha de saber lograr los mismos resultados y aun mejores, a un precio inferior en sufrimientos e injusticias, y sobre todo ha de conseguir que el resultado no sea por su esencia injusto, como lo ha sido el resultado del desarrollo de la época del industrialismo, lo es el de las sociedades soviéticas.

No basta, desde luego, con esta convicción. Pero la convicción es fundamental, es, acaso, el único requisito previo imprescindible. Sin él, se podrá desarrollar la economía, pero el precio que se pague por el desarrollo no será, en términos humanos, un precio que esté justificado.

Mas, insistamos, la convicción, con ser indispensable, no es suficiente. Estar convencidos de que podemos resolver los problemas del desarrollo sin injusticias ni grandes sufrimientos no equivale todavía a saber cómo se conseguirá esto. El presente ensayo tiende a señalar los peligros que acechan al político revolucionario —al político de la clase media, en Iberoamérica, al dirigente sindical y al economista que sea tan humanista como experto, en la cuestión del desarrollo. Estos peligros que no son menores porque se tenga la convicción de que con democracia, buena voluntad y sinceridad revolucionaria se puede solucionar cualquier problema que se presente.

Esto es una ilusión. Los problemas no se solucionan con buena voluntad. Se solucionan... con soluciones. Esta perogrullada ha sido olvidada tan a menudo que merece la pena de ser repetida una y otra vez. Las soluciones no pueden improvisarse, porque entonces, irremisiblemente, son expedientes que ayudan a salir del paso, pero no resuelven los problemas, sino que sólo los aplazan o los suavizan.

La industrialización puede conducir a la solución de los problemas fundamentales de Iberoamérica. En 1960, podría decirse incluso que ninguno de tales problemas se puede resolver sin la industrialización. Pero la industrialización, por sí misma, por sí sola, no es la solución. Dicho de un modo general y exagerado —pero no por ello menos cierto—, cabe afirmar que los problemas sociales y económicos no son, en su raíz, problemas de dinero, de máquinas, de técnica, de mercados. Son problemas de hombres. Hay que resolverlos, ante todo, con hombres (dueños de dinero, expertos, manejadores de máquinas, compradores).

Son, por lo tanto, fundamentalmente, problemas políticos. Y las soluciones sólo *pueden* ser políticas.

Esta es otra perogrullada que se olvida y que conviene repetir constantemente.

Y después de hacer así, veamos cuáles son los peligros humanos; —es decir, políticos— que la industrialización entraña en Iberoamérica.

Estructuralistas y monetaristas.

En esa mezcla peculiar de marxismo, keynesismo y economía política tradicional que forma el equipo teórico de nuestros economistas, cabe distinguir dos escuelas de pensamiento: los estructuralistas y los monetaristas, aunque en ambos hay siempre cierta dosis de las concepciones de la escuela opuesta. Como ejemplo de estructuralistas está el equipo de la CEPAL (Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina), y entre los monetaristas más destacados figuran el equipo del Fondo Monetario Internacional, el chileno Felipe Herrera y el brasileño Roberto Campos, de quien es la clasificación citada.

Consideran los estructuralistas que los problemas económicos y financieros de Iberoamérica —y ante todo el de la inflación— han de resolverse por medidas económicas, mientras que los monetaristas estiman que tales medidas han de ser principalmente financieras. Los estructuralistas son en mayor a menor grado “dirigistas” y los monetaristas, partidarios de la libre iniciativa privada.

El monetarista considera que la inflación no fomenta el desarrollo, que lo impide, y que por lo tanto, es preciso detenerla mediante una política fiscal y monetaria adecuada y la ayuda internacional. Para los estructuralistas, la inflación acompaña al desarrollo y no puede detenerse sin correr el riesgo de provocar el desempleo o el estancamiento; han de ser el propio desarrollo, y el aumento de importaciones los que la detengan con el tiempo.

Cabría aducir ejemplos en favor de una y otra teoría. México parecería dar la razón a los monetaristas, con su inflación controlada, así como Chile con su inflación con estancamiento; el Brasil, en cambio, podría dársela a los estructuralistas, con su inflación en pleno desarrollo.

Señalan los historiadores económicos —esa *rara avis* de la fauna erudita iberoamericana—, que ha habido casos de desarrollo sin inflación, como Argentina y Brasil antes de la Primera Guerra Mundial. Indican asimismo que cuando la inflación no llegue al 15 por ciento, en Iberoamérica se considera que hay estabilidad; que cuando rebasa de dicho porcentaje, se empieza a sentir el peligro por los expertos, y que sólo al

alcanzar el 30 por ciento inquieta al hombre de la calle y se convierte en un problema político.

No he resumido estos puntos de vista por el simple placer de dár-melas de economista a la violeta, sino porque estas dos tendencias, a veces conjuntamente, y a veces alternativamente, son las que fijan la política económica de Iberoamérica —es decir, las que orientan su desarrollo, en la escasa medida en que está orientado y, por lo tanto, son las que hemos de examinar con respecto a las posibilidades de integración vertical.

Ambas posiciones, están grávidas de peligros que sólo pueden evitarse con cierta seguridad mediante la integración vertical. Agreguemos que, hasta ahora, ninguna de las dos escuelas ha afirmado con energía la necesidad de hacer de la industrialización una parte integrada del desarrollo general; ambas consideran la industrialización como *el* desarrollo. En esto, claro, radica el primer peligro que ofrecen. Pero hay más.

Las medidas financieras para combatir la inflación consisten, fundamentalmente, en reducir la demanda. Es decir, en el fondo, en privar al ciudadano de lo necesario y de lo superfluo —tan indispensable...— De ahí, la necesidad, si se aplica esta política con energía, de recurrir a procedimientos de coacción. De ahí, el riesgo de que para aplicarlos se sienta la tentación de la dictadura —disfrazada o franca—. Ya sé que en muchos países se aplican medidas financieras para combatir la inflación, sin que produzcan este derivado dictatorial. Pero en Iberoamérica las condiciones son especialmente favorables para esta tentación. Y además, aun cuando no se desemboque en la dictadura, se llega a una situación que consiste, esencialmente, en hacer pagar el desarrollo a la lucha contra la inflación a los que tienen menos defensas y menos resistencia, a los “económicamente débiles”, como se les llama en Francia. Porque la reducción de la demanda significa no que los campesinos, los indígenas, los obreros y la clase media deberán reducir unas necesidades que ya de por sí son irreductibles (por lo menos para los dos primeros de los grupos citados), sino que se les condena a que el desarrollo no les favorezca, a que no puedan disfrutar de sus resultados y tengan que contentarse con pensar que dentro de unos años, los podrán gozar, o a esperar que sus hijos se beneficiarían de ellas. Es decir, el sistema soviético de desarrollo: exigir sacrificios inmediatos a los que sólo tienen por sacrificar su porvenir, para pagar el desarrollo en beneficio de los que poseen bastante para no tener que reducir su demanda.

En cuanto a la política estructuralista, los riesgos no son menores.

No derivan, de la reducción del consumo, sino de la miopía de los estructuralistas, del hecho de que parecen economistas obsesos, poseedores de una “*one track mind*”, que siguen la idea fija de la industrialización a toda costa, y sólo de la industrialización.

Precisamente lo que se trata de demostrar en este ensayo es que la industrialización aislada, no integrada en un plan *general* de desarrollo, acarrea consecuencias gravísimas tanto para la economía como para la vida política de los países iberoamericanos. Y los estructuralistas no piensan en otra cosa que en la industrialización, la consideran como una panacea, le dan la primera precedencia (la prioridad, como se dice en el español bárbaro de los expertos).

El establecimiento de precedencias es indispensable en toda planificación o programación económica. Cuando se quiere industrializar a toda costa, la prioridad no se da a la demanda. Se planea pensando no en el consumidor, sino en la producción. El resultado es igualmente peligroso que cuando se reduce la demanda con las medidas propugnadas por los monetaristas.

Ni una ni otra escuela tienen en cuenta, pues, al consumidor. Pero el consumidor es el hombre político, el elector. El consumidor es la base humana de la democracia. Si se olvida la democracia se halla amenazada o, cuando menos, desnaturalizada, cualquiera que sea la forma que adopte la democracia.

Más todavía, ni una ni otra escuela fomentan la extensión y el desarrollo de la democracia, indispensable en países como los nuestros, que salen de largas dictaduras y que están apenas haciendo el aprendizaje práctico de la democracia política y que aspiran a la democracia económica. En Iberoamérica, como ya hemos indicado, el dirigismo económico es cosa aceptada. Incluso quienes se oponen a él por principio, lo practican cuando están en el poder. El ejercicio del poder provoca en los políticos y en los economistas una disociación de la personalidad. Se aceptan y aplican, en general, los principios del adversario momentáneamente vencido. Los estructuralistas recurren a medidas financieras, y los monetaristas no se privan de planificar.

La planificación parece ser indispensable para un desarrollo económico apreciable. Pero la planificación no es tampoco una panacea, como creyeron durante un tiempo los marxistas, y como hoy parecen creer la mayoría de los iberoamericanos cultos. La planificación no inmuniza contra ninguno de los peligros de la política monetarista ni de la política estructuralista, no protege contra los riesgos implícitos en la industrialización presenta —pese a las tentativas de planificación— un carácter

caótico, fomenta el nacionalismo más negativo y no evita que, hasta ahora, tenga un carácter parasitario evidente. La integración horizontal podrá —esperémoslo—, remediar lo caótico y lo nacionalista, al establecer un mínimo de división del trabajo en la producción de los países iberoamericanos. Pero no salvará a la industrialización de su pecado mayor: el parasitismo.

La planificación es sólo una técnica, que tendrá el carácter que le den quienes la utilicen. Será paternalista si la emplean los expertos, los tecnócratas. Será pragmática en el sentido más inmediato, si está a cargo de hombres de negocios. Será pragmática a largo plazo si son los economistas los que la hacen. Puede ser humanística si se encargan de ella ciertos políticos democráticos con visión universal e histórica. Salvo en este último caso —el más hipotético—, la planificación tiende a realizarse a costa del hombre considerado como consumidor y gracias a la explotación de este mismo hombre considerado como productor. En Iberoamérica, tiende, por tradición de nuestra economía oligárquica, a separar al consumidor del productor, a hacer de éste el que pague el desarrollo y una selección de aquél el que se beneficie con él. Con la planificación podrá aumentar, acaso, la movilidad social, pero esta movilidad será entre los grupos productores —las clases sumergidas— y el grupo consumidor —las clases capitalistas y una parte de la nueva clase media.

La industrialización, entonces, se habrá frustrado, humanamente, por mucho que sea su éxito económico y técnico.

El peligro no es menor con la programación. No estamos acostumbrados a diferenciar entre planificación y programación, pero conviene hacerlo para ver que las diferencias de grado no disminuyen los riesgos, en esta materia.

En la planificación se fijan objetivos concretos, que en general han de lograrse dentro de plazos determinados y en ella se asignan recursos específicos para este fin. En la programación se fijan objetivos generales, por lo común sin un plazo dado para su obtención o con plazos amplios y no se asignan recursos específicos, sino sólo en grandes líneas.

Podríamos decir, pues, que la planificación es rígida y la programación flexible, aunque dentro de estos caracteres caben grados diversos.

Hasta ahora, la planificación igual que la programación se han hecho partiendo de la producción. El resultado ha sido que incluso en países tan democráticos como la Gran Bretaña, han surgido tendencias al trabajo a destajo, a las primas de producción y al aumento de la productividad sin aumento paralelo de los ingresos de los productores

directos y sin beneficio inmediato para los consumidores (aparte del beneficio de encontrar en el mercado una mayor cantidad de productos). No precisa insistir sobre los peligros políticos y sociales que entrañan la planificación y la programación hechas partiendo de la producción. Es necesario, para eludir estos peligros, planificar o programar partiendo del consumo, o sea, teniendo en cuenta las necesidades del consumidor más bien que el deseo de aumentar la producción.

El sistema de planificación a base de la producción es el que ha predominado en la Unión Soviética y sus satélites, con resultados catastróficos: escasez de artículos de consumo corriente, alojamiento infrahumano, rebeliones obreras —como las de Berlín en 1953 y de Poznan en 1956—, agotamiento de los trabajadores con métodos de trabajo a destajo como el stajanovismo con primas, métodos combatidos siempre por el movimiento sindical. Por un fenómeno de mimetismo y por la sugestión de los resultados logrados por la URSS (*sputniks*, industria pesada en desarrollo, etc.) se tiende más y más a planificar y programar partiendo de la producción. Iberoamérica deberá invertir este proceso, para seguir fiel a la concepción que de Iberoamérica se forman los pensadores iberoamericanos como tierra de libertad y si no se quieren frustrar las aspiraciones a la justicia. La planificación por la producción puede satisfacer, acaso —insisto, *acaso*— las aspiraciones más inmediatas y primarias del nacionalismo negativo (el nacionalismo que pone al hombre, al nacional, al servicio de la Nación, a diferencia del nacionalismo positivo, que pone la Nación al servicio del nacional, y que es el tipo de nacionalismo que ha prevalecido en Iberoamérica y que hoy refleja las aspiraciones de las nuevas clases medias).

Pero la planificación por la producción frustra las posibilidades de libertad y de justicia que existen en los movimientos nacionalistas revolucionarios y desvirtúa sus principios mismos.

La planificación, además, no es por sí mismo, ni buena ni mala. Su bondad o maldad dependerá de quien lo haga, de quien planifique o programe. Si esta tarea está a cargo de las oligarquías, será pésima, porque tenderá a satisfacer únicamente los intereses oligárquicos, como ha ocurrido hasta ahora con los presupuestos nacionales, y con las tarifas aduanales. Si la planificación se realiza por técnicos, tendrá sin duda mucha eficiencia, pero contendrá en germen factores antidemocráticos, puesto que los técnicos, por definición, no representan ningún interés social. La planificación, si se quiere que redunde en beneficio general de la sociedad, ha de realizarse en el plano político —con la ayuda de los técnicos, claro está, pero siguiendo las orientaciones políticas deri-

vadas del sufragio—. Esto requiere desde luego, un delicado juego de equilibrio, de negociación de estira y afloja, juego que es el elemento fundamental de la sociedad democrática, en cualquiera de sus formas.

Ahora bien, en la sociedad iberoamericana actual, únicamente las nuevas clases medias tienen —y ello por un tiempo que no sabemos si será breve o largo— intereses que coinciden con los intereses generales de la sociedad. Mas esta coincidencia es precaria. Las nuevas clases medias, a medida que se desarrollen y adquieran mayor influencia económica y política, tenderán, lógicamente, a convertirse en oligarquía. La única precaución posible contra esta tendencia consiste en desarrollar otras clases, otros grupos de intereses, que limiten la “oligarquización” de la clase media y que, en todo caso, puedan hablar por sí mismos. En la sociedad iberoamericana, estos grupos sociales son, además de la oligarquía (que es todavía terrateniente y que será industrial mañana) y de la clase media, la clase obrera apenas en desarrollo y el campesinado, hasta ahora sin medios de expresión propios y sin elementos de influencia económica, es decir, sin propiedad.

La industrialización a toda costa, sin reformas sociales paralelas en otros terrenos, tendrá lógicamente por resultado el fomentar y acelerar la transformación de la oligarquía de agraria en industrial, y la “oligarquización” de una parte considerable de la nueva clase media. De ahí, como consecuencia, la aparición de tendencias dictatoriales, posiblemente bajo forma de tecnocracia, de busca de la eficiencia a cualquier precio y la posible adopción de métodos de desarrollo que nieguen la libertad y frustren la justicia.

La planificación y la programación tienden a la politicación de los técnicos, al paternalismo, al desconocimiento de los derechos en beneficio de los deberes (es decir, de la eficiencia inmediata y técnica). Únicamente con una integración vertical, con el desarrollo de toda la sociedad y no sólo de la parte industrial de ella, se pueden prevenir estos riesgos, eludir estas amenazas.

Los métodos soviéticos.

He hablado a menudo, del peligro de recurrir a los métodos, son peligrosos no porque sean soviéticos, sino por las consecuencias que en la URSS y sus satélites han tenido y tendrían indudablemente en Iberoamérica, si se aplicaran entre nosotros.

Entre los técnicos, los militares jóvenes (militares científicos) una parte de la clase media (la más apasionada por las cuestiones económicas) y en general entre la masa de la opinión pública en la que la

intoxicación del nacionalismo negativo no ha sido todavía racionalizada a pesar de los esfuerzos de los movimientos nacionalistas revolucionarios, la admiración y la simpatía por los métodos soviéticos de desarrollo no es siempre producto de una adhesión a la ideología soviética (o lo que en la URSS se llama, con evidente exageración, ideología). Es una admiración por los resultados, que se olvida del precio que ha habido que pagar y que todavía se paga por ellos. El *sputnik* hace olvidar a muchos que para llegar a tenerlo, millones de rusos se han visto privados durante décadas de viviendas decentes, de libertad de expresión, de remuneración justa de su trabajo. No porque el *sputnik* haya de tener forzosamente este precio (y tomo este inútil juguete científico como símbolo del progreso industrial), sino porque en la URSS el *sputnik* se ha conseguido, a este precio, debido a los métodos de desarrollo puestos en práctica.

¿Cuáles son estos métodos? Vamos a describirlos sin prejuicios, basándose en las enseñanzas de la historia reciente, con el fin de que se vea que el peligro que entrañan para Iberoamérica no es producto de una imaginación soviética misma.⁴

Veamos primero, cuáles son los problemas fundamentales que se han de resolver para el desarrollo. Actualmente, las dos terceras partes de la población mundial han de vivir con menos de un séptimo del producto mundial anual. La diferencia, entre ambos grupos en vez de disminuir, aumenta, a pesar de todo lo que se hace por el desarrollo, de las asistencias técnicas, las inversiones, las ayudas financieras, los donativos, etc.

El ingreso per capita (que es, de hecho, la productividad per capita) se halla determinado por tres factores: el grado de preparación técnica, comercial, administrativa de la población y su capacidad de iniciativa económica; la cantidad de capital real (edificios, maquinaria, instalaciones) de que se dispone per capita, y los incentivos para el empleo de la preparación y del capital real en la obtención de un ingreso per capita mayor. En Iberoamérica, el primer factor es bajo, pero mejora constantemente; el segundo factor es también bajo, aunque, va en aumento, y el tercero sólo ha comenzado a existir en nuestros días, en los últimos veinte o treinta años.

El bajo ingreso reduce la capacidad de ahorro y, por tanto, la fuente de acumulación de capital. El ingreso bajo significa que se

⁴ Para esta descripción, se ha seguido el excelente estudio del economista británico Francis Seton: *Planning and Economic Growth in Soviet Survey*, N° 31, Londres, enero-marzo de 1960, pp. 38 y ss.

compra poco y, por lo consiguiente, no hay incentivo para producir, no hay estímulo para la inversión. En suma, podría decirse que la gente no ahorra porque es pobre y que es pobre porque no ahorra, y también que la gente no invierte porque el país es pobre y que el país es pobre porque no hay inversiones. Este círculo no explica las causas originales, puesto que los países occidentales lo rompieron en algún momento de su historia. Pero el círculo existe, hoy, para todos los países no industrializados (y éstos, por lo demás, se encuentran en otros círculos no menos peligrosos).

Los economistas, de cualquier escuela que sean, coinciden en afirmar que el círculo de la pobreza puede romperse si se hace lo siguiente: aumentar la tendencia a ahorrar a base del ingreso que se tenga; estimular la iniciativa económica, para que se invierta más en una situación dada del mercado; o bien aumentar el ingreso per capita de alguna manera, sin un ahorro e inversión previos (por ejemplo obteniendo préstamos, distribuyendo de nuevo los incentivos) y utilizar el incremento del ingreso o una parte de él para acumulación de capital.

Veamos ahora cómo el método soviético de desarrollo propone lograr estos objetivos.

Podríamos decir que se caracteriza por cuatro rasgos fundamentales, no todos ellos exclusivamente suyos: la expropiación de los medios de producir (por lo menos, de los de gran envergadura); la planificación gubernamental generalizada; la tendencia a la autarquía, y finalmente, una nueva distribución de los recursos en favor de la industria (sobre todo, de la industria productora de bienes de capital), y de modo especial una nueva distribución de la mano de obra, incluso recurriendo a la coacción y al terror; esta nueva distribución se hace en detrimento de la producción agrícola y del bienestar del consumidor.

Estos cuatro rasgos forman lo que ahora se considera como una panacea en los países de "democracia popular" y en muchos países insuficientemente desarrollados. Un marxista (que no debe confundirse nunca con un leninista-stalinista) no reconocería en ellos ni la menor huella de las doctrinas económicas de Marx. En realidad, se trata de esos rasgos que son producto de la racionalización de los expedientes a que el régimen staliniano tuvo que recurrir sucesivamente para remediar o paliar los efectos de sus medidas económicas. Naturalmente, la expropiación de los medios de producción queda excluida de esta racionalización, puesto que es característica de cualquier sistema que se proponga alterar el régimen de propiedad. El método

soviético se limita, de hecho, a los otros tres rasgos: planificación gubernamental, autarquía y privilegio de la industrialización.

La decisión que se halla en la raíz de este método soviético —convertido en teoría por aquello de que es mejor hacer de la necesidad una virtud, del error una doctrina—, es la colectivización forzosa de la agricultura, el negarse a admitir la realidad de la vieja explicación de las tijeras, que cualquier economista casero conocía y que Stalin quiso ignorar, siguiendo su costumbre de forzar la realidad a adaptarse a sus teorías.

Cuando el campesino recibe poco por sus productos y ha de pagar mucho por los artículos industriales que necesita, la producción agrícola tiende a disminuir, lo que aumenta la discrepancia de los precios entre el campo y la ciudad y agrava la situación. Esto es lo que ocurrió en la URSS y que Lenin quiso remediar mediante la nueva política económica (NEP). Stalin, temperamentamente menos flexible y más inclinado a la brutalidad, empleó otro método: quiso cerrar por la fuerza las tijeras de los precios. Fue la colectivización forzosa de la agricultura, (en 1928-1931), que produjo la que en Rusia se llamó el “hambre de Stalin”, con millones de muertos, unos de inanición, otros en cárceles, otros en la deportación en masa de los campesinos que se negaban a someterse a la colectivización.

Consecuencia lógica (lógica partiendo de la falacia teórica de la posibilidad de cerrar por la fuerza las tijeras de los precios) fue la aceleración, también por la fuerza y el terror, de la industrialización y la utilización de la mano de obra como elemento primordial de la acumulación de capital, aun a costa de tener a millones (no se sabe cuántos, pero parece que más de 15) en los campos de trabajos forzados.

China, ahora, con la política de las comunas y de las “hormigas azuelas”, sigue, exacerbándolo, este mismo método, que se ha aplicado también en las “democracias populares”

La consecuencia inevitable del método soviético fue la necesidad de reforzar el sistema de partido único, de establecer el terror policiaco, de oprimir y explotar a las masas trabajadoras, de adoptar medidas administrativas para enviar a los campos de trabajos forzados y dispositivos psicológicos para obtener un esfuerzo productivo agotador (stajanovismo, emulación “socialista”, etc.).

Podría decirse que la realidad soviética de la época staliniana y la diplomacia que la reflejó, hasta llegar al pacto Hitler-Stalin, fue el producto de la conjunción de este método de desarrollo con la mentalidad

desconfiada, paranoica de Stalin (reconocida por Kruschev en su informe secreto de febrero de 1956). El sistema se construyó sobre esta base. Hoy, aunque se modifique no puede cambiar radicalmente sin cambiar la base. Y cambiar la base significa, en toda sociedad, hacer una revolución. La oligarquía burocrática soviética, la nueva clase de que habla Milovan Djilas, no es precisamente revolucionaria. Suaviza la explotación y el terror, trata de disminuir las diferencias entre la industria y agricultura, pero, fundamentalmente, sigue siendo una oligarquía que se sostiene por medio del sistema de partido único y que impone el privilegio de la industria pesada y sacrifica al consumidor como tal y como hombre que aspira a la libertad y a la justicia.

Con ser todo esto grave —puesto que ahí radica el origen lejano de la guerra fría—, no lo es menos la tendencia a imitar el método soviético que se encuentra en mucho de los nuevos Estados surgidos de las colonias. Puede afirmarse que el sistema soviético de desarrollo aplicado en la China y el sistema democrático, aplicado en la India, libran una batalla decisiva; si la India fracasa, todos los pueblos de Asia acabarán adoptando el método soviético de desarrollo y la independencia habrá dejado de significar, para ellos, la posibilidad de crear las bases de una vida con libertad y con más justicia; es decir, se habrá frustrado la independencia, puesto que ésta no tiene valor en sí misma, sino como medio para servir a quienes la gozan.

Esta tendencia a imitar el método soviético es muy visible en los nuevos Estados de Africa. Entre los dirigentes negros se generaliza la esperanza (triste esperanza surgida de la desesperación por la carencia de las potencias coloniales durante su dominio) de que las reservas de mano de obra, que es la riqueza de utilización más fácil, sean la fuente de una capitalización rápida; en octubre de 1958, el jefe de Guinea, Sekú Turé, habló en público de la posibilidad de establecer en su país el trabajo.⁵ ¿Coincidencia? En estos países existe de hecho un sistema de partido único, so pretexto de que ésta es la mejor forma de la democracia en la fase histórica actual por la que aquéllas pasan.

Y que no se me diga que es más importante mejorar primero el nivel de vida y luego establecer las condiciones de la libertad. Afirmar esto sería tener del hombre un concepto denigrante, sería ofenderlo y, además negar la experiencia histórica. Los trabajadores mismos han rechazado siempre esta prioridad, pues han aprendido por experiencia que sin libertad, sin sindicatos realmente libres, las mejoras de su con-

⁵ Louis Mercier: *La Ile, Conférence des peuples africains, en Preuves*, París, marzo de 1960, p. 78.

dición de vida pueden suprimirse con una firma. Sin sindicatos libres, sin libertad de expresión y de reunión, sin el derecho a publicar manifiestos contra el patrón —sea éste un particular o el Estado— el mejoramiento de las condiciones de vida es siempre provisional, inseguro condicionado por la sumisión a la voluntad de quien planifica o de quien paga.

Por esto decía antes que la planificación hecha por técnicos, por burócratas, no es ninguna garantía de mejoramiento. Sólo puede serlo si en ella participan los obreros organizados, la clase media y el campesinado, es decir, los grupos sociales productores. Esta participación no es posible sin libertad. De ahí que sin libertad no pueda hablarse de mejoramiento de nivel de vida, y que una y otro sean inseparables. No se trata de dar prioridades, sino de ver que entre la libertad y el mejoramiento económico no hay posibilidad de elegir, que deben ir juntos y que, separados, ni la libertad es tal ni el mejoramiento mejora.

Que no se nos repita tampoco, la vieja falacia de que allí donde un partido único que se llama a sí mismo “el partido del proletariado” detenta el poder y planifica a través de sus técnicos, no puede haber una planificación que no sea en beneficio del proletariado y que las huelgas y las protestas de los obreros y los campesinos son contrarrevolucionarias porque al ir contra las decisiones del “partido proletariado” van contra los intereses mismos de la clase obrera. Por si no bastaran los desmentimientos sangrientos de Berlín Este, de Poznan y de Budapest, el hecho mismo de que los dirigentes soviéticos hablen constantemente de su deseo de alcanzar el nivel de vida y de producción de los Estados Unidos constituye una prueba de que esta afirmación es una argucia retórica.

En suma, el método soviético parte de una situación interior que se parece a la que se está creando en Iberoamérica. Sabemos por experiencia que los países iberoamericanos se ven obligados a vender barato sus materias primas y a comprar caro los productos manufacturados. Esto mismo se está produciendo, con la industrialización en el interior de cada país, con los campesinos. Y lo que es una injusticia en el plano internacional no deja de serlo por ocurrir dentro de las fronteras nacionales.

Una injusticia siempre conduce a la negación de la libertad, si no se subsana a tiempo, y lleva por lo tanto a nuevas injusticias.

Esta es la pendiente por la que nuestra América corre el riesgo de deslizarse, actualmente, debido a su falta de integración vertical.

Pero todavía es tiempo de evitarlo.

La inversión semántica.

Ocurre en nuestra América un fenómeno que precisa destacar y que podríamos llamar de inversión semántica. Las palabras adquieren, por una alquimia especial, un sentido contrario al que realmente tienen.

Estoy seguro que muchos considerarán que la posición que aquí se defiende es reaccionaria.

En efecto, en nuestra América se estima que lo progresivo, lo de izquierdas, lo avanzado, es mostrarse partidario sin condiciones de la industrialización. Se ve en ésta mucho más de lo que realmente es. La industrialización se dice es panacea para los problemas sociales y económicos y hasta garantía de la nacionalidad. Esto, desde luego, es falso. La industrialización es sólo lo que hagamos de ella y hasta ahora hemos logrado únicamente hacer de la industrialización un nuevo parásito social.

Lo reaccionario, entonces, es precisamente ser partidario de la industrialización a toda costa. Porque entendida y aplicada así la industrialización aumenta las diferencias sociales, crea nuevos grupos de privilegiados y hace de las ciudades centros que viven como parásitos sobre la miseria del campo. Y como la industrialización, se ha realizado en gran medida con fondos extranjeros, no es tampoco una garantía para la nacionalidad. Podría afirmarse que la industrialización, al modo como se ha llevado a cabo hasta ahora, intoxica más que moviliza energías, es decir, tiene idénticos efectos que el nacionalismo negativo de que hablaba antes.

Ocurre con esto lo mismo que con el comunismo. Por inercia lo llamamos de izquierdas, cuando las izquierdas han sido tradicionalmente partidarias de la libertad y la justicia y el comunismo no lo es ni siquiera teóricamente.

Un nacionalismo que en lo económico se manifestara por sistemas disciplinarios, de coacción y por el *chantage* sentimental del patriotismo para hacer aceptar sacrificios a determinados grupos sociales, en beneficio de otros grupos que se arrogaran la representación de la nación, sería un nacionalismo falso. Y esto es lo que puede ocurrir, lo que casi fatalmente ocurrirá con la industrialización si se prosigue sin integrarla verticalmente con la solución concomitante de los demás problemas nacionales y continentales.

En cierto modo, el problema del nacionalismo no debe presentarse en Iberoamérica en los mismos términos que en los países de reciente pasado colonial. No ha de ser teleológico, de fines, porque nuestra vida

política ya lo ha superado, ni metodológico, porque entraña graves peligros para la libertad humana; ha de ser un nacionalismo humanista, siguiendo la tradición iberoamericana misma.

Esquemáticamente podríamos presentarlo así: nacionalismo de fines, internacionalismo de medios y supranacionalismo de economía.

Pero para que podamos llegar a este nacionalismo, el único humanamente eficaz en el contexto iberoamericano, es preciso que las nacionalidades tengan una realidad tangible para todos los nacionales, es indispensable que la nación deje de ser para unos propiedad y para los otros símbolo vacío. Es decir, es necesario que se resuelvan los problemas nacionales, todos ellos y no sólo el de la industrialización.

Las guerras y la industrialización.

Podemos ya mirar la industrialización iberoamericana con cierta perspectiva histórica. Si lo hacemos, saltan a la vista ciertas constantes.

La industrialización ha dado varios saltos. Cada uno de ellos ha correspondido a una guerra: la primera mundial, la segunda y la de Corea. Si, como es de esperar y de desear, no hay otra guerra de envergadura en nuestra generación y las próximas, cabe suponer que la industrialización o bien se estancará o bien seguirá un progreso más lento, sin saltos. ¿Qué puede darle un nuevo empuje? La respuesta se presenta casi automáticamente: la apertura de nuevos mercados. ¿Dónde? En el interior mismo de Iberoamérica? ¿Cómo? Por medio de la solución de los problemas nacionales, que se resumen en la existencia de clases económicamente sumergidas.

Por otra parte, del examen de la industrialización salta a la vista otra constante: cada vez que el "boom" de una guerra mengua, hay en Iberoamérica una oleada de dictaduras: 1930, 1948, 1952-53. La industrialización no creó en ningún caso las condiciones de una democracia estable, entre nosotros. No hay motivo para suponer que, lo haga en el futuro. Políticamente, pues, la experiencia demuestra que la industrialización no es un panacea. Hay que completarla. ¿Cómo? La respuesta es también evidente: resolviendo los otros problemas nacionales, cuya existencia hace que el descenso del "boom" conduzca a la dictadura. Que la industrialización es por sí misma, una garantía de la estabilidad democrática se puede probar con muchos otros hechos. Por ejemplo, por la persistencia de una dictadura de hecho, en el terreno de la economía, ejercida por las fuerzas industrializadoras. Estas, en la realidad cotidiana, han establecido un sistema de lo que en Estados Unidos se llaman "precios administrados"; (precios fijados por los

productores puestos de acuerdo, sin competencia entre ellos). Se falsea así el libre juego clásico de la oferta y la demanda. Se imponen sacrificios a los consumidores, en beneficio de los industriales, so pretexto de que favorecen la industrialización, sin una contrapartida de sacrificios de los industriales mismos.

Otra manifestación de esta dictadura económica virtual la hallamos en lo que bien puede calificarse de demagogia industrializadora. Los industriales quieren presupuestos equilibrados y, al mismo tiempo, completa libertad de créditos, cosas incompatibles en la teoría y en la práctica. Como es imposible hacer coherentes estas dos actitudes, se recurre al nacionalismo para cubrir con frases la contradicción. El resultado es que, so pretexto de nacionalismo, se trata de imponer una política económica forzosamente perjudicial para el grueso de la nación.

Ahora, por ejemplo, con el mercado común europeo y sus planes para una explotación intensiva de las materias primas africanas, Iberoamérica teme que se reduzcan sus mercados de materias primas; para competir con las africanas —favorecidas en Europa—, se corre el riesgo de que se recurra a lo que cabe llamar el método japonés: a intentar un *dumping* de materias primas iberoamericanas, vendiéndolas a bajo precio gracias a la perpetuación del bajísimo nivel de vida de los campesinos iberoamericanos. (El Japón, como se recordará, vendía sus productos manufacturados a bajo precio gracias a los ínfimos salarios de los obreros nipones.) Y no sería extraño que se hiciera el *chantage* del sentimentalismo nacionalista, consistente en este caso en afirmar que sin vender materias primas baratas no hay posibilidad de obtener divisas con las que pagar la industrialización. Con lo cual ésta sería pagada por los campesinos... en beneficio de los habitantes de la ciudad en general y muy en particular de la futura oligarquía industrial y bancaria que la industrialización está produciendo al mismo tiempo que desarrolla la nueva clase media. En fin de cuentas, esta oligarquía, como la latifundista, quiere aplicar la fórmula ya tradicional que se resume en esta frase: monopolizar los beneficios y socializar las pérdidas.

La clase media, el campesinado y, en menor grado, el proletariado, estarían entre los perdidosos, a ellos corresponde hallar la manera de evitar esto sin perjudicar la industrialización. Es decir, de poner la industrialización al servicio de la sociedad, del hombre en general. Esta manera, que yo sepa, sólo puede encontrarse en la integración vertical, en la solución de los problemas nacionales de una manera integrada, sin establecer precedencias y, sobre todo, sin dar a la industrialización una prioridad de privilegio que la haga parasitaria.

El militarismo y la industrialización.

La industrialización sin integración vertical —y, sobre todo, sin reforma agraria paralela—, ofrece todavía otros peligros, además de los muchos ya señalados. Uno de ellos —y no el menor es el de una perpetuación del militarismo. Este, parece ahora en retroceso, debido a una serie de circunstancias: oleada de democratización en Iberoamérica, ascenso de los militares jóvenes, con mentalidad y formación técnicas, etc. Pero esto no quiere decir que el peligro del militarismo haya pasado. En realidad, cabría afirmar que una de las reformas que han de formar parte de esa integración vertical de que hablamos es la del sistema militar iberoamericano, con la desaparición gradual de los viejos ejércitos cuartelarios y la formación paso a paso de un ejército iberoamericano, de técnicos que se incorporen, en tiempos de paz, a la vida productiva del continente. Pero mientras esto no se haga, existirá el peligro del militarismo.

Peligro doble. Por una parte, peligro de que resucite la costumbre de los militares viejo estilo de dar un golpe cada vez que se habla de reforma agraria o de poner coto a los privilegios de la oligarquía terrateniente.

Por otra parte, peligro de que los militares jóvenes, ante la ineficiencia económica y social de la industrialización caótica, privilegiada, sientan la tentación de “poner orden”, de encargarse de hacer una coordinación mínima del desarrollo económico. El espíritu tecnócrata que va predominando en las nuevas promociones militares si por un lado aleja la posibilidad de pronunciamientos a la antigua usanza, por el otro incrementa la de que esos mismos militares se sientan llamados a “tecnocratizar” el gobierno de nuestros países.

Sólo la integración vertical, al hacer reformas agrarias, impediría que las oligarquías tuvieran motivos para empujar a los militares cuarteleros al pronunciamiento, y que los militares jóvenes sintieran la tentación de imponer sus concepciones pragmáticas, puesto que con tal integración se lograría —y sólo con ella— esa eficiencia que podría ser una aparente justificación para un militarismo de forma más moderna y más social.⁶

La historia reciente nos ofrece ejemplos del ejército interviniendo en política, tomando el poder, no para favorecer a una oligarquía, como

⁶ Edwin Lieuwen: *Arms and Politics in Latin America*. Praeger Nueva York, 1960. Víctor Alba. Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.

ha sido la tradición iberoamericana, sino para llevar a cabo aquellas medidas que la democracia, timorata o sin visión amplia no adoptó: Birmania, Indonesia, Pakistán, Sudán y hay ejércitos —en los países árabes— que toman a su cargo la tarea de hacer la revolución, con el apoyo de la nueva clase media, por carencia política de ésta y por testarudez y miopía de las oligarquías terratenientes incapaces de retirarse a tiempo. Con distintos caracteres, la situación podría repetirse y no sería imposible que, dentro de unos años, los militares ahora jóvenes se mostraran militaristas para llevar a cabo esa integración vertical si ahora no la hacen los civiles. Con ello le quitarían su sentido verdadero: el de esfuerzo común y libremente consentido, emancipador, para darle un tono paternalista y pragmático esterilizador de las virtudes humanas que la democracia debe fomentar si no quiere desmentirse a sí misma.

La oligarquía financiera.

Se habla mucho de la oligarquía terrateniente y muy poco de la oligarquía financiera, de los banqueros. Pero la realidad es que éstos ejercen en nuestros países una influencia muy superior a la que pueden tener en las naciones industrializadas.

Esta influencia se manifiesta, sobre todo, en la oposición de la banca (hablamos en general) a las medidas antiinflacionistas que se basen en la restricción de créditos, es decir, se oponen a aquellas medidas que quieren frenar la inflación a costa de las clases que viven de utilidades y sin hacérselas pagar a las clases que viven de salarios.

La nueva clase media es, por el momento, un elemento que contrarresta la influencia de esa oligarquía financiera. Por lo demás, igual que la agraria, la oligarquía financiera pierde fuerza en muchos países. Pero esto la incita a adaptarse y a transformar sus métodos. La oligarquía financiera tiende, más y más, a fiscalizar y dominar la industrialización. Si se realiza una política de reforma agraria o hasta, simplemente, de reforma agrícola, es muy probable que esta oligarquía logre apoderarse de la reforma, financiarla y convertirla en un simple cambio de terrateniente de facto. Esto lo hemos visto en México, debido a una política de crédito improvisada en sus inicios, los viejos hacendados han sido substituidos por los bancos de crédito a los ejidos y a la pequeña propiedad. Que esos bancos sean del Estado no altera el hecho de que los campesinos sientan por encima de ellos una presencia preponderante, dominadora, que ocupa el lugar del amo de antaño. En México se lu-

cha contra ciertos aspectos de esta realidad surgida de la propia reforma agraria. Es una experiencia que conviene aprovechar.

La primera lección que debe deducirse de ella es que cuando la reforma agraria se hace independientemente de la industrialización ocurre lo mismo que cuando la industrialización se realiza independientemente de la reforma agraria: se frustra el sentido verdadero de la reforma social y se pone en peligro la democracia. En México este peligro, por suerte, no lo corre toda la nación, pero es evidente en la existencia económica del campesino.

Esta situación no es producto del azar. En el siglo XIX la sociedad iberoamericana urbana (de la cual son expresión importante los banqueros) era una sociedad parásita. El presupuesto se sostenía a base de impuestos aduanales, en perjuicio de la exportación que era principalmente agrícola. Del presupuesto se beneficiaba casi exclusivamente el habitante de la ciudad.

De ahí la falta de ahorro rural, la anemia de la vida municipal, de la democracia local en nuestra América, que con los comuneros y cabildos había tenido, en tiempos, tan florecientes manifestaciones. El ahorro se concentraba en el Banco Central por el canal de los restantes bancos, y el crédito se concedía casi únicamente los habitantes de las ciudades.

Los pueblos, las pequeñas ciudades provincianas viven aisladas, no se amplían ni modernizan sus elementos de producción, no hay inversiones.

En los Estados Unidos y en Europa occidental se crea la producción antes que el mercado para ella. En América Latina está ocurriendo lo mismo, pero en una estructura en la que sólo es mercado la ciudad privilegiada. En Estados Unidos y Europa, la industrialización (que no debe confundirse con la llamada revolución industrial) vino después de las reformas agrarias que fueron la Revolución Francesa, la marcha hacia el Oeste y la ley del "homestead", etc. En Iberoamérica seguimos el camino inverso. Aquí deberíamos crear primero el mercado —por medio de la reforma agraria— y luego industrializar. La inversión, entre nosotros, precede al consumo, a la necesidad del producto en cuya fabricación se invierte. Debería ser, evidentemente, al revés.

Nuestros países viven —mal viven— de la exportación. El comercio de exportación (sobre todo cuando es de materias primas) es periférico. No se encuentra, entre nosotros, equilibrado por el comercio regional, en el interior de los países debido a la falta de comunicaciones, la abundancia de latifundios y los sistemas serviles de vida en el campo.

Esta era la situación en el siglo XIX; y todavía persiste en el XX. Un factor que contribuye, si no a crear, por lo menos a prolongar esta situación es la oligarquía financiera. Existe el peligro de que, adaptándose a las formas económicas modernas, esta oligarquía siga aplicando los mismos métodos, con idénticos resultados y que haga con la industrialización lo que en el siglo XIX hizo con el comercio de exportación.

Podría alargarse la lista de los peligros, para el bienestar y para la libertad de los iberoamericanos, que entraña la industrialización no integrada al desarrollo general de nuestros países. Pero creo que he señalado los principales. Lo asombroso por lo evidentes que son, es que no se hayan puesto de relieve con mayor frecuencia y que no se tengan constantemente en cuenta al elaborarse los programas políticos y al dictarse las medidas de gobierno.

Sin embargo, no basta con señalar amenazas. Es indispensable apuntar también las defensas contra ellas. Sugerir la solución de un problema —aunque sea una solución errónea— es ya resolverlo a medias, por el estímulo que representa la sugerencia y por la presión que la conciencia del problema ejerce en quienes lo sufren.

Esto es lo que intentaremos hacer ahora, muy brevemente. Se han callado, en cambio, razones muy poderosas, que tienen por sí mismas peso bastante para conducir a la reforma agraria (entendida en el sentido integral, amplio, que he indicado). He aquí algunas de estas razones tal como aparecen hoy en día en Iberoamérica. Como se verá, son razones que dan a la reforma agraria un carácter humano y que hacen que el interés de la misma sea general para la sociedad. Al mismo tiempo, son razones que determinan la necesidad imperiosa de la integración vertical y que convierten en peligrosa y hasta amenazadora la industrialización llevada a cabo sin una reforma agraria concomitante.

Sin reforma agraria (es decir, sin justicia y libertad reales en el campo) se frustran los objetivos de la planificación o de la programación, porque los grupos oligárquicos pueden hacer de estos métodos un instrumento de su dominio. Y sin planificación o programación, la industrialización es parasitaria y exige sufrimientos a quienes menos se benefician con ella.

La urbanización —fenómeno general en nuestra América hoy—, aumenta la demanda de productos agrícolas. Precisa importarlos y con ello disminuye la disponibilidad de capitales y divisas para la adquisición de bienes de capital. Por consiguiente, se perjudica la industriali-

zación misma. Y si se quiere evitar esto, ha de reducirse el nivel alimenticio de las masas urbanas. Es decir, la industrialización, por falta de una reforma agraria que aumente la productividad agrícola, se encuentra ante el dilema de frenar su ritmo o de mantenerlo a costa de privaciones populares.

Las fluctuaciones en los precios de las materias primas en el mercado mundial, con tendencia a la baja, ponen constantemente en peligro la industrialización. Para hacer frente a esto y a la competencia de las materias primas de otros continentes, los industrializadores tienden a provocar un *dumping* de materias primas —es decir, ofrecerlas a bajo precio gracias al costo ínfimo de la mano de obra agrícola—. Si no hacen esto, las disponibilidades para importar bienes de capital no bastan y ha de recurrirse a las inversiones extranjeras privadas con las consecuencias que éstas pueden tener en las sociedades que no están bastante industrializadas y capitalizadas para absorber sin riesgos el capital extranjero.

La reforma agraria podría cambiar esta situación, si se hiciera de tal modo que permitiese una división del trabajo (de la producción) entre los países iberoamericanos. Con ello, a la vez que se abarataría el costo de la materia prima sin sacrificio para la mano de obra, se podría graduar el volumen de la producción de tal modo que se mantuvieran los precios en el mercado mundial sin necesidad de recurrir a peticiones, amenazas o presiones.

La industrialización transforma a los obreros en paro parcial, en cuanto se manifiesta la posibilidad de un empleo industrial, en desempleados totales.

Este es un fenómeno que se ha observado en Europa y en los Estados Unidos en el siglo pasado, en Italia y España en este siglo, en Sicilia ahora mismo, y que, en menor grado, se puede ver también en Iberoamérica, cuyas grandes ciudades tienen una población flotante y misérrima de proporción desmesurada. *“En una situación agrícola atrásada, la inserción de un proceso de industrialización es, por ésto, un “hecho” sumamente delicado. Disloca el ritmo anterior y producción, determina un estado de tensión entre campesinos y propietarios, forma lo que Marx llamó el ejército de reserva de los desempleados (es decir, de los semiocupados transformados en desocupados), que presiona amenazadoramente el empleo industrial y permite con ello las maniobras patronales de depresión de los salarios.”*⁷ Por consiguiente, la ausencia de una

⁷ *Premesse per un piano regional siciliano*, en *Iniziativa Europea*. Roma, octubre de 1959. p. 4.

reforma agraria que dé a los campesinos sentido de su función social y elementos para vivir en el campo son considerarse sacrificados y sin sentir la tentación del empleo industrial, es una amenaza para el nivel de vida de los trabajadores industriales. Todavía no se ha hecho sentir mucho en Iberoamérica, pero hay indicios de que no está lejano el día en que esto ocurrirá.

En Iberoamérica, la inversión interior es escasa. Por esto tiene una gran importancia que rinda lo más posible en términos de producción. Ahora bien, *“en América Latina, donde en su conjunto el 60 por ciento de la población depende de la agricultura, hay motivo para creer que, con excepción de algunas actividades productivas especializadas, la disparidad entre la inversión presente de capital real y la inversión óptima es más grande en la agricultura. Esto indicaría que en la mayoría de los países latinoamericanos una inversión en la agricultura podría dar un aumento mayor en la producción que una inversión similar en cualquier otra rama productiva.”*⁸

Más, está demostrado por la realidad que la agricultura, actualmente, no ofrece atractivo a las inversiones. Una reforma agraria (en cualquiera de sus formas: agrupamiento de minifundios, distribución de tierras del Estado o baldías, división de latifundios, explotación cooperativa de plantaciones, etc., según las necesidades locales, y por cualquier medio: imposición fiscal, expropiación, venta, crédito, etc.), que fuera concomitante con una reforma agrícola, (mecanización, modernización de técnicas, racionalización del crédito, diversificación de la producción, división internacional de la producción, adiestramiento técnico, construcción de comunicaciones, saneamiento del medio, generalización de la enseñanza, extensión agrícola, etc.) tendría como consecuencia la creación de una clase media rural que invertiría sus ahorros en la agricultura y cuya estabilidad y solvencia fomentarían la inversión urbana en la del campo. Esto, a su vez, incrementaría el capital nacional disponible para inversiones y, por tanto, la participación nacional verdadera en la industrialización.

Más todavía; uno de los grandes problemas de la industrialización es el de las inversiones. Aunque los países iberoamericanos prefieren las inversiones nacionales y, en su defecto (defecto generalizado), las internacionales públicas, la realidad es que la mayoría de las inversiones industriales son de carácter privado y en gran parte extranjeras. En

⁸ Milic Kybal: *La industrialización de América Latina*. Conferencia en la Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, 21 de octubre de 1949.

una economía nacional débil, con poco capital interno, las inversiones extranjeras siempre ofrecen peligros— aunque éstos son hoy menores que hace unas décadas—. Pero en una economía nacional sólida (y mayormente todavía en una economía continental coherente y coordinada), estas inversiones son inocuas y, por tanto, pueden ser francamente beneficiosas, Inglaterra, Francia, incluso los Estados Unidos, Suiza, los países escandinavos, reciben una gran cantidad de inversiones extranjeras y éstas no representan ningún peligro para esos países. Sin necesidad de que la economía iberoamericana esté tan industrializada como la de estas naciones, puede sentirse protegida contra los riesgos de las inversiones extranjeras si logra ser una economía estable, equilibrada, con una inversión interior en aumento y un desarrollo regular y superior al aumento de su población; estas condiciones únicamente se conseguirán mediante una estructura agraria que esté a la altura de la nueva estructura industrial en formación, y que sólo puede obtenerse a través de una reforma agraria.

La industrialización, por otra parte, nunca será sólida y dejará de ser parasitaria más que si cuenta con un mercado interior que vaya aumentando. Este mercado sólo puede proporcionarlo la masa rural. Y la masa rural sólo llegará a componerse de compradores de productos manufacturados si se forma una clase media rural. Y esta sólo se formará si se modifica el sistema de tenencia de la tierra y se moderniza la agricultura. Ergo. . .

Pero no son consideraciones únicamente de orden económico las que inclinan a considerar indispensable la integración vertical. Las hay también de carácter político y social además de las consecuencias políticas y sociales de toda realidad económica. Por ejemplo, la opinión pública iberoamericana está compuesta exclusivamente de la población rural y aún, en ésta, deben eliminarse los grupos más cercanamente relacionados con la tierra (obreros recientes, población flotante, de las urbes, etc.). La democracia, pues, es esencialmente urbana, en Iberoamérica, salvo en periodos de agitación pasional, en que también las masas campesinas se interesan, transitoriamente por la política. El deseo de tierra es, sin duda alguna, un móvil político poderoso. Pero no es un elemento de consolidación de la democracia. Puede ser empleado por demagogos, por enemigos de la democracia, y si se frustra, puede mirar el régimen democrático mismo. En cambio, la aparición de una clase media rural —consecutiva a la reforma agraria—, consolidaría la democracia, no sólo porque significaría la solución de un problema

que ha sido siempre motivo de pronunciamientos y de actitudes antidemocráticas, sino por la misma razón que la clase media urbana, surgida con la industrialización, ha acelerado el proceso de democratización de Iberoamérica. Más aún, esta clase media rural serviría de contrapeso a la urbana, de inmunización contra las tentaciones de orientar el desarrollo según métodos totalitarios o antihumanos, y así daría al desarrollo económico de Iberoamérica un carácter de avance hacia mayor libertad y mayor justicia social que hasta ahora no siempre ha tenido. La clase media rural, además, contrarrestaría la tendencia a ciertos peligros del desarrollo que, sin ser directamente políticos, tienen evidentes consecuencias políticas: la tendencia a la macrocefalia urbana, a la urbanización desordenada y excesiva. Y en un continente en que por creencias religiosas y por el bajo nivel cultural todavía no se pueden adoptar medidas para combatir la explosión demográfica, la clase rural, al incrementar la producción agrícola, contribuiría de modo esencial a mejorar el nivel de vida de la población, con aportaciones que la industrialización, por mucho que adelantara, nunca podría hacer.

Queda todavía otro argumento económico-político de suma importancia y que parece completamente olvidado. En la euforia de la industrialización, Iberoamérica se endeuda. Esto no es peligroso si no se tiene la seguridad de que lo que se crea con los préstamos rendirá suficientemente para reembolsarlos. A fines de 1955, diecinueve países iberoamericanos habían contraído obligaciones a corto y mediano plazo por valor de 3,700 millones de dólares, a fines de 1958, esta cifra era ya de 5,200 millones.⁹ La industrialización tal como se lleva a efecto ahora tiene sus límites, impuestos por el volumen de los mercados interior y exterior. No es seguro que la industria pueda expandirse constantemente ni en medida suficiente para que los países hagan frente a esa masa de deudas, tanto más cuanto que con el pretexto de fomentar la industrialización se mantiene un sistema fiscal anacrónico e injusto y se consiente que siga actuando según viejos métodos la oligarquía financiera que en muchos países iberoamericanos cabalga a la oligarquía terrateniente y hasta la orienta. La reforma agraria, en cambio, permitiría esta expansión de la industria indispensable para cumplir con los compromisos contraídos por la industria y los gobiernos.

La experiencia internacional abona, por lo demás, estas consideraciones. La de la India, especialmente, cuyas condiciones no son fun-

⁹ Eugene Blank: *Las regiones subdesarrolladas en la década de los sesenta, en Comercio Exterior*. México, febrero de 1960, p. 91.

damentalmente distintas de las iberoamericanas y donde también se lleva a cabo un desarrollo que se procura que sea por métodos democráticos. Tras dos planes quinquenales, los planificadores del desarrollo de la India se ha percatado de la importancia, para el propio desarrollo y para la estabilidad democrática del país, de que exista un equilibrio entre la agricultura y la industria.¹⁰ La experiencia de la India no debería echarse en saco roto y convendría estudiarla al mismo tiempo que se estudiara la experiencia mexicana, en la cual, si bien se partió de una reforma agraria, el cambio de orientación de la misma tuvo por efecto frustrarla en parte; la parte subsistente con éxito de la reforma agraria es lo que explica que México sea el país iberoamericano con una tasa de desarrollo más alta; la parte de la reforma que fracasó es, sin duda, lo que explica que este desarrollo no haya aumentado el nivel general de vida de la masa y que el porcentaje de las utilidades en el total del ingreso nacional saltara del 26 por ciento al 41.4 por ciento en 1951, al propio tiempo que el porcentaje de salarios descendía.¹¹

Todavía, para acabar una enumeración de argumentos que podría alargarse mucho más, este otro: un aspecto muy interesante de los problemas de desarrollo, que no ha sido apenas estudiado, es el de la coexistencia de dos tipos de mercado, en las sociedades en vías de transformación: el mercado nacional en expansión y los mercados locales en contracción. Todos los países iberoamericanos —por lo artesanal de gran parte de su actividad manufacturera, por la carencia de vías de comunicación, por las diferencias de clima—, abundan en mercados locales de características peculiares. ¿Cómo coordinar el ascenso del mercado nacional y el descenso del local? ¿Cómo orientar sin perturbaciones graves la adaptación de quienes viven de uno a las exigencias del otro? ¿Cómo evitar la baja del nivel de vida de todas aquellas gentes, a menudo la mayoría de la población nacional, que dependen de los mercados locales? Se plantea aquí un problema que requiere una solución integral y no sólo económica y que no es únicamente económico, sino de justicia y hasta de democracia. Las diferencias entre campo y ciudad son tan grandes que el traslado de uno a otra causa casi siempre un

¹⁰ S. B. Sarkar: *The Task of Building an Agro-Industrial Base*, en Vigil, Calcuta, 20 de febrero de 1960. pp. 90 y ss.

¹¹ Para estos datos y otros sobre la industrialización y el problema agrario en Iberoamérica vid: Víctor Alba: *Esquema Histórico del movimiento obrero en América Latina*, Libro México, ed. México, 1957 y del mismo autor: *América Latina, un continente ante su porvenir*. Instituto de Investigaciones Internacionales del Trabajo. San José, 1958.

trauma. Pero este traslado se impone a causa de esas mismas diferencias. La condición del campesino debe mejorar en el grado necesario para que la ciudad deje de ser una tentación para él y muchas veces una angustiada necesidad surgida de la miseria rural; los pueblos, la provincia han de adquirir comodidad, seguridad, han de ser interesantes y, divertidos, han de convertirse en la realidad iberoamericana, sin una reforma agraria y sin una reforma agrícola. Esta, sin aquélla, no bastaría, suponiendo que fuese posible.

En suma, sin reforma agraria no puede haber democracia estable ni justicia social general ni desarrollo sano. La industrialización sin reforma agraria ha de ser forzosamente parasitaria, la justicia social sin reforma agraria ha de ser inevitablemente parcial; la democracia sin reforma agraria ha de ser inexorablemente incompleta.¹²

Tal vez la mejor síntesis de la situación que se crea por la industrialización al margen de la integración vertical es la que da el sociólogo francés Georges Friedmann al regreso de un viaje por América del Sur.¹³

Rapidez y coherencia.

“La esencia de la revolución mundial de nuestra época para acaso la mayoría de los habitantes del mundo es el deseo de tierra”, dice Clarence Senior,¹⁴ y señala que la reforma agraria no es, en ningún caso, una reivindicación de origen comunista, sino un anhelo casi universal en la mayoría de los países no industrializados.

La reforma agraria es inevitable. Oponerse a ella es perder el tiempo. Pero hacer la reforma agraria al margen de los demás aspectos del desarrollo de un país equivale a desperdiciar esfuerzos, exponerse al fracaso y, en todo caso, poner en peligro el éxito en estos otros aspectos y en la propia reforma agraria. Industrializar sin hacer simultáneamente la reforma agraria es poner en peligro la industrialización o convertirla en una fuente de amenazas para la libertad lo mismo que para la justicia económica; además, es volverse de espaldas a una realidad ineludible.

Actualmente, Iberoamérica se encuentra en una situación histórica excepcionalmente propicia para la integración vertical. Tal vez no se

¹² Víctor Alba: *Autorice ou division du travail*. Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée. Serie F. 4. París, 1956, p. 29.

¹³ Georges Friedmann: *Problèmes de l'Amérique Latine*. Gallimard. París, 1959.

¹⁴ Clarence Senior: *Land Reform and Democracy*. University of Florida Press, 1959.

vuelva a repetir nunca. La industrialización no está todavía bastante avanzada como para que no se la pueda coordinar, orientar y limitar en sus formas, de tal modo que no resulte asunto de una nueva oligarquía. Además, las posibilidades técnicas, la experiencia y hasta las perspectivas financieras de una reforma agraria son realidades de hoy... y acaso no lo sean ya de mañana.

Es aún tiempo de hacer del capitalismo iberoamericano un tipo de capitalismo que podríamos llamar experimental, libre de algunos de los principales defectos del capitalismo clásico y de fijarle límites para que nunca se pueda convertir en un sistema que a la injusticia inherente a su definición aúne las injusticias surgidas de la voracidad, la indiferencia ante el hombre, el desprecio de la libertad. Esto debería hacerlo el movimiento obrero, si fuese más poderoso y tuviera en Iberoamérica un contenido ideológico más consistente. Hace unos años, creí que podría cumplir esta misión. Como dije antes, la realidad me ha demostrado que era demasiado optimista. Pero la clase media está en condiciones de fijar esos límites al capitalismo (y, al propio tiempo, a sí misma), y de orientar el desarrollo futuro de Iberoamérica. Estos límites —estas garantías de vida y de hábitos mentales—, más bien que legales, y jurídicas, no pueden basarse, en la realidad económica, es otra cosa que en la doble integración —la horizontal entre paréntesis, y la vertical, entre problemas—. Veamos por qué.

Hay muchos métodos de industrializar y muchos para hacer la reforma agraria. Se puede industrializar mediante la acumulación de capital a base del esfuerzo humano (esclavitud disfrazada según el sistema soviético), mediante inversiones privadas nacionales y extranjeras (según el sistema capitalista clásico), mediante inversiones nacionales e internacionales públicas (sistema del que podríamos llamar capitalismo experimental). Se puede hacer la reforma agraria mediante expropiaciones, mediante un sistema fiscal adecuado, mediante la compra de tierras para distribuir, etc. Sea cual fuere el sistema que se adopte (y en Iberoamérica parece que somos eclécticos aunque hasta ahora hemos logrado eludir en la industria en general, los sistemas a base de la superexplotación del hombre), la industrialización ha de ser menos rápida que la reforma agraria.

Aparte de los motivos económicos de esta diferencia de ritmo (motivos que hasta ahora los economistas y los políticos parecen haber olvidado y que hemos expuesto a lo largo de este ensayo), hay razones de carácter político (que son siempre las primordiales y las que han de primar).

La reforma agraria gradual es peligrosa porque invita a los perjudicados por ella a alentar a los militares a dar golpes de Estado con el fin de frustrar las medidas reformadoras; porque puede permitir que la oligarquía financiera se apodere de la reforma, la convierta en una fuente de ingresos y de poder y, por lo tanto, la frustre también; porque no ejercería en la industrialización la influencia que debe tener, puesto que el mercado que se crearía con la reforma iría formándose tan lentamente que sus efectos apenas se harían sentir en el desarrollo de la industria; finalmente, si la reforma se hace a base de indemnización por las expropiaciones, ésta no puede tener una influencia real en la marcha de la economía por su largo plazo y escaso monto.

La reforma agraria debe ser rápida. Es decir, ha de realizarse con tal ritmo que sus efectos se perciban inmediatamente en la vida económica, que no dé tiempo a sus enemigos a oponerse a apoderarse de ella, y que, además, saque de la condición de subamericanos a los hombres —campesinos, indígenas—, que hoy llevan en nuestros campos una existencia infrahumana. Esta razón debería ser la principal. Pero como en política no se presta atención a los motivos estrictamente humanos, nos ocuparemos sólo de los otros motivos.

La reforma agraria, como hemos visto, debe hacerse cumpliendo con ciertos requisitos: que frustre las tentativas contra ella; que ejerza influencia beneficiosa en la industrialización y en la capitalización y que mejore el bienestar del conjunto del país.

La experiencia de las reformas agrarias nacionales (desde la de México a la de Venezuela, pasando por las de Bolivia y Cuba) demuestra que una reforma agraria, tanto si es gradual como si es rápida, tanto si es producto de un programa legislativo como de una revolución, no cumple estos requisitos. Cuántos golpes de Estado se han dado para impedir las reformas, cuán poco la reforma agraria, tanto si es gradual como es rápida, tanto si es producto de un programa legislativo como de una revolución, no cumple estos requisitos. Cuántos golpes de Estado se han dado para impedir las reformas, cuán poco la reforma agraria ha influido en la orientación de la industrialización y cuán poco ha contribuido a la capitalización y al bienestar general, son cosas que el simple análisis de las estadísticas demuestra. Además, la dificultad en cumplir con estos requisitos dentro de los límites nacionales, es, sin duda, lo que ha impedido hacer reformas agrarias en muchas naciones iberoamericanas, cuando la clase media o los movimientos nacionalistas revolucionarios han ocupado el poder.

Hoy, comienza a generalizarse en Iberoamérica la conciencia conti-

mental y que cristaliza en proyectos como el mercado común, el Banco Interamericano de Desarrollo, la gradual integración centroamericana; tenemos ya, pues en potencia, la solución al problema de la reforma agraria y, por lo tanto, al de la integración vertical. Esta solución se halla en la coordinación de la integración vertical con la integración horizontal, en lo que podríamos llamar la continentalización de la integración vertical.

Este léxico parece pomposo y pedante. Es simplemente escueto. Al emplearlo, no hago otra cosa que poner en fórmulas lo que es una realidad no sólo posible, sino inevitable. Pero en política la imaginación, el espíritu de aventura intelectual, el descubrimiento de nuevas ideas y la formulación de programas innovadores es cosa rara. En pocas actividades del hombre reina tanto el tradicionalismo, el lugar común, la pereza mental y el clisé como en la política, incluso cuando ésta tiene propósitos innovadores y transformadores.

Estamos pensando todavía, en Iberoamérica, en términos de la época en que parecía justa la táctica del frente popular, y esto a pesar de que la realidad nos ha demostrado que el frente popular no evitó la expansión del fascismo, la guerra mundial ni el imperialismo, y de que la experiencia nos indica que todas las conquistas logradas en nuestra época lo han sido mediante tácticas no frentistas.

Del mismo modo, en cuestiones económicas y sociales estamos todavía apegados a los clisés de antes de la Segunda Guerra Mundial —cuando no eran clisés, sino posibilidades—. Hoy se nos ofrecen nuevas posibilidades y corremos el riesgo de no verlas o de dejarlas de lado por nuestra comisión a los clisés del pasado.

Por esto la terminología que empleo puede sorprender y hasta provocar la sonrisa. Pero descrita con éstos o con otros términos, la realidad exige la integración vertical en plano continental y conduce a ella. Si no lo vemos, puede suceder que lo vislumbren otras fuerzas —los tecnócratas, los militares jóvenes, la oligarquía financiera, incluso el capitalismo tradicional (como ocurrió con el movimiento de unidad europea)— y que la hagan en beneficio propio, dejando a los subamericanos y a la clase media en una condición de parientes pobres que han de contentarse con los desperdicios.

De la audacia y la imaginación de la nueva clase media, de los movimientos nacionalistas revolucionarios y de aquella parte del proletariado más desarrollada ideológicamente, depende que la integración vertical en plano continental se realice en beneficio de todos o que se haga en provecho de unas minorías más audaces y clarividentes.

¿Integración vertical en plano continental, o continentalización de la integración vertical? ¿Qué significa esta jergonza? La respuesta se puede hallar con la simple aplicación del sentido común político a nuestra realidad, si se tienen en cuenta la serie de peligros y amenazas que hemos ido señalando a lo largo de este ensayo.

¿Cuáles son los obstáculos principales a la industrialización? La falta de mercados y de capitales nacionales, la ausencia de coordinación entre los diversos países iberoamericanos.

La reforma agraria es indispensable para que la industrialización llegue a encontrar mercados estables. Pero, ¿cuáles son los obstáculos a la reforma agraria? Por una parte, la amenaza de que el intentarla provoque golpes militares. Por la otra, el temor a suscitar descontento activo en los perjudicados, por la imposibilidad de dar indemnizaciones satisfactorias por las expropiaciones (dejando aparte el problema de la injusticia intrínseca de estas indemnizaciones a gentes que han empobrecido la tierra y amortizado infinidad de veces sus parcas inversiones).

Ninguna reforma agraria nacional ha logrado, hasta ahora, vencer por entero estos obstáculos. La amenaza militar ha sido eludida, en algunos casos. La cuestión de las indemnizaciones no ha hallado hasta ahora solución que no origine protestas vociferantes.

Pero si se establece un plan continental de reforma agraria, un plan iberoamericano, en el que se tengan en cuenta las realidades nacionales y los diversos grados de desarrollo de la agricultura según los países, en que se coordine la producción, en que se utilicen, de acuerdo con la realidad local, los más distintos métodos de reforma; es decir, si se traza un plan flexible, diverso, entonces no puede concebirse la posibilidad de un golpe militar continental contra la reforma. El primer obstáculo se deserta sin necesidad de concesiones ni de echarle agua al vino de la reforma.

Si este plan se financia con fondos públicos internacionales, con préstamos hechos por alguna institución internacional, existente o que se cree expreso, entonces cabe solucionar el problema de las indemnizaciones. Estas se pueden pagar con fondos internacionales públicos con una única condición: que se inviertan en el país mismo donde se halle la tierra expropiada; la industrialización recibe así una inyección de inversiones nacionales de un volumen enorme; la oligarquía terrateniente se ve forzada a convertirse en un elemento más, desperdigado y sin cohesión, del capitalismo industrial y los oligarcas han de ir cambiando su mentalidad. Y la propia reforma agraria, con los beneficios que aporte a la productividad agrícola (puesto que ha de ir acompañada

forzosamente de una reforma agraria), con el desarrollo de la industria que fomente, ha de bastarse para pagar los réditos y el reembolso a muy largo plazo de esos préstamos internacionales. Y éstos serían mucho más útiles y rentables para el desarrollo que las sumas dedicadas a asistencia técnica, créditos institucionales, etc.

Esto no es una utopía ni una “idea genial” individual. Es un procedimiento sugerido ya por muchas gentes. Factible en la situación actual. Económicamente válida y hasta podríamos decir que congruente con las nuevas modalidades del capitalismo en el mundo.

Ya lo sé que no es una solución socialista ni revolucionaria. Ya lo sé que la integración vertical tiene por objeto evitar la formación en Iberoamérica de un capitalismo degradante y no la de construir una sociedad socialista.

Pero Iberoamérica no se halla, por ahora, en posibilidades de construir esa sociedad y me atrevería a decir que quienes la desean no forman sino una minoría y hasta una minoría poco activa.

¿Es que por adoración de los principios hemos de permitir que los subamericanos sigan siendo la inmensa mayoría y hemos de dejar que se desperdicien las posibilidades de mejoramiento que se ofrecen dentro del contacto capitalista? ¿Es que por adoración de los principios hemos de mantener nuestros pueblos expuestos constantemente a la amenaza del militarismo, de la tecnocracia sin humanismo, de los métodos de desarrollo totalitarios y de la miseria?

Creo que formular estas preguntas es ya contestarlas.

Todavía es tiempo de responder a ellas con hechos. Dentro de unos años, nuestra respuesta sólo podría tener el tono de la nostalgia por la ocasión perdida, si no supiéramos aprovechar ahora —ahora mismo— esta oportunidad excepcional, acaso única, que la historia nos depara. Esa historia que nunca se repite. .

III

LOS SUBAMERICANOS

“Se registra un constante aumento de la población de América Latina, sin que paralelamente se eleve la producción agropecuaria, lo que determina un nivel de vida cada vez más bajo de la población. Latinoamérica importa (en 1959) un 8 por ciento más de alimentos que en 1956, y ello resulta absurdo si se tiene en cuenta que sólo el 30 por

ciento de las tierras cultivables son aprovechadas y que las que se cultivan tienen el más bajo rendimiento del mundo.

*“Mientras en los Estados Unidos y el Canadá la explotación de la tierra se realiza en unidades agrícolas medias, en las que una sola familia trabaja y dirige la hacienda, con excelentes rendimientos en la producción, en los países de América Latina la tierra está abandonada o sufriendo dos males endémicos en el sistema de tenencia, cuales son las excesivas extensiones en pocas manos, los latifundios, y los predios demasiado pequeños, de explotación antieconómica, los minifundios. América Latina necesita seis cosas esenciales para que las unidades agrícolas puedan desarrollarse: 1) títulos de dominio o legalización de la propiedad de los campos; 2) escuelas cercanas para la educación de los hijos de los campesinos; 3) buenas comunicaciones de los predios con los centros de comercio; 4) buenos centros sanitarios en las inmediaciones y eficientes servicios asistenciales; 5) extensión agrícola con dirección técnica, y 6) créditos apropiados”.*¹⁵

En estas observaciones se resumen los motivos políticos y morales, económicos y sociales, de la reforma agraria. Si un sistema de propiedad no logra satisfacer las necesidades mínimas de quienes dependen de él, si no ha conseguido, en más de siglo y medio de existencia, hacer subir la productividad agrícola de Iberoamérica a un nivel que no sea el menor del mundo, entonces es que este sistema es ineficaz y, por sus consecuencias (miseria, ignorancia, sumisión del campesinado), inmoral.

Desde luego, por reforma agraria no debe entenderse la simple parcelación de las grandes propiedades y la distribución de las parcelas a los campesinos. Esto, después de las experiencias soviéticas y mexicana (tan distintas, pero ambas fracasadas, económica y socialmente), ya nadie puede sostenerlo. Ha de dividirse la tierra allí donde ello haya de ser económicamente beneficioso. Han de adoptarse otras formas de explotación (comunal), cooperativa, de mediana propiedad, de plantación mecanizada, etc., allí donde las razones económicas así lo aconsejen. Pero siempre, al tomar la decisión de reformar el sistema de tenencia de la tierra, ha de tenerse presente que la reforma no se fija por objetivo único un mayor rendimiento, sino que éste debe ser causa y efecto a la vez de una mayor justicia y de una mayor libertad para el campesino y para el conjunto de la sociedad. La reforma agraria no debe hacerse, pues, exclusivamente para los campesinos, sino en beneficio de toda la sociedad. Por esto, en el actual contexto social de Ibero-

¹⁵ Un seminario latinoamericano sobre problemas de la tierra, en *Mundo del Trabajo Libre*. México, marzo de 1960. p. 24.

américa, es la nueva clase media la que puede y debe realizar la reforma agraria.

Por esta ha de entenderse no sólo la modificación del régimen de tenencia de la tierra, sino también todas aquellas medidas (comunicaciones, educación, sanidad, políticas) que tiendan a asegurar la reforma estricta y a aumentar la productividad agrícola al mismo tiempo que la justicia y la libertad en el campo. Insisto en *al mismo tiempo*. Las medidas para aumentar la productividad, si a la vez no aumentan la justicia y la libertad, pueden ser perjudiciales a la libertad de la sociedad en general. De igual modo, la simple reforma del sistema de propiedad, si no va acompañado de mejoras en las condiciones de vida del campesinado, que hagan la existencia en el campo, con el tiempo, tan cómoda e interesante como en la ciudad, no serán medidas intrínsecamente justas ni darán mayor libertad real al campesino. No se olvide que la libertad política es sólo un aspecto de la libertad y que nunca está asegurada más que si se logran los restantes aspectos.

En este sentido, la reforma agraria debe tener por objeto fundamental crear las condiciones para que en un lapso breve, a un ritmo acelerado, el campesino goce de la misma protección, bienestar y garantías legales de que gozan el obrero y el miembro de la clase media urbana. El proletariado y la clase media han luchado durante décadas para conquistar estas condiciones. El campesino, por las circunstancias mismas de su existencia, no puede luchar más que en sobresaltos y en momentos de gran emotividad política. Corresponde a la gente de la ciudad y en primer lugar a la clase media, compartir con el campesino los beneficios que su lucha le ha proporcionado. Y ello por motivos de justicia estricta, por razones éticas, lo mismo que por consideraciones de tipo práctico, económicas y políticas.

Las razones que se olvidan.

En Iberoamérica se ha hablado mucho de la reforma agraria y hoy parece que se le quiere convertir en una nueva panacea —cosa que no es, por la sencilla razón de que no existen panaceas—. Pero los argumentos en favor de la reforma agraria han sido siempre de carácter sentimental, justas y, sin embargo, insuficientes para imponer la reforma, o de carácter económico, acertadas también y también insuficientes.